EL CASTO DON JOSÉ

TRAGEDIA GROTESCA EN TRES ACTOS

LA FARSA

50 cts.

Cubierta de este número:

Isabel Garcés,
Julia Lajos,
Rafael L. Somoza
y
José Soria

en una escena de

El casto don José

Foto. Contreras y Vilaseca

CARLOS ARNICHES

EL CASTO DON JOSE

TRAGEDIA GROTESCA EN TRES ACTOS

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro María Isabel de Madrid el día 23 de diciembre de 1933.

DIBUJOS
DE
ANTONIO MERLO

la farsa

AÑO VIII ||| 12 DE MAYO DE 1934 ||| NÚM. 348
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Gloria	Isabel Garcés.
Maravillas	Julia Lajos.
Tránsito	María Bru.
Pepa la Cachaza	Adela González.
Una Niña	N. N.
Don José	Rafael L. Somoza.
Paquito	José Soria.
Don Orencio	Alfonso Tudela.
Crisanto	José Isbert.
Señor Cipriano	Pedro González.
Un Niño	N. N.

ACTO PRIMERO

La trastienda de una tienda de chocolates, cafés y cacaos, que se titula "La Antigua. Fábrica de Chocolates. Fundada en 1835." El local es viejo, lóbrego, de aspecto sórdido, y está aprovechado para escritorio y almacén. Al foro hay una puerta con cortina que comunica con la tienda. A la derecha de esta puerta, una mesa de despacho con sillón y un estante en la pared para libros y papeles. Debajo del estante, un ventanillo practicable que cuando se abre deja ver el interior de la tienda. En el lateral derecha hay una ventana grande de dos hojas, cerrada. En la izquierda, dos puertas, en primero y segundo término, con cortinas oscuras, que dan paso a habitaciones interiores. En los rincones del local, sacos amontonados de azúcar, café y cacao. Algunas sillas cerca de la mesa escritorio y junto a otra mesita que habrá en el centro de la habitación. Sobre la mesa, un aparato de luz, y en el centro de la habitación, y pendiente del techo, un cordón con una bombilla. En la pared, un reloj de cuco, y en una percha, una jaula con un loro, que habla a su tiempo. Sobre la mesa, en un estantito adecuado, un ventilador. Todo el mobiliario antiguo, raído, sucio. Es de día, pero están las luces encendidas.

ESCENA PRIMERA

(Al levantarse el telón aparece Don José sentado a la mesa. Está ordenando unas facturas y las repasa, mojándose la yema del índice con gran frecuencia.)

DON JOSE.—Eeee, dos, uno, tres, tres, cinco. Eeee, dos uno, tres, tres... (*No encuentra lo que busca*), tres, tres..., tres, tres... (*Lo encuentra al final*), tres, tres, cuatro; dos, uno, tres, tres, tres. Bueno, la ordenación de estas facturas atrasadas me va a volver loco. ¡Llevo dos horas de faena! ¡Como que voy a adquirir un reuma en la yema del índice de tanto mojármelo! (*Se oye el timbre de la puerta de la tienda, que ha sido abierta.*) ¿Quién habrá entrado en la tienda? (*Abre el ventanillo que tiene a la izquierda de la mesa y mira.*) ¡Ah, es don Custodio García Oremus, el capellán de las Oblatas. De memoria puedo hacer el asiento: "Tres libras de chocolate de a peseta, tres pesetas." Ni que separen la Iglesia del Estado ni que la junten, no pasa de ahí. ¡Menudo chasco me ha dado a mí el capellancito ése!... Un tío enclenque, que creí yo que a las ocho libras..., pues nada. ¡Veinte años tomando el chocolate de a peseta, y como si tal cosa!... ¡Los hay como robles!... Pues el ama ha engordao. No sé qué habrá sido..., pero ha engordao... (*Siguiendo en su tarea.*) Dos, uno, tres, tres...

LORO.—Lorito rrrreal...

DON JOSE.—(*Asustado, imponiéndole silencio.*) ¡Chitsss!... ¡Calla, ladrón!... ¡Salir ahora con esas!... ¡Le estoy enseñando a decir "Lorito dos reales"..., para disimular, y no hay manera!... ¡Maldita sea! ¡Estás haciendo méritos para dos pesetas de perejil!... El otro día cuando lo dijo le tiré una onza de chocolate con una ira que, si le acierta, a estas horas usa pico postizo. (*Vuelve a sonar el timbre. Mira por el ventanuco.*) Ya se fué. (*Llamando.*) ¡Crisanto, hijo!

CRISANTO.—(*Asoma la cabeza por el ventanillo.*) Mande usté, don José.

DON JOSE.—¿Le habrás despachao?...

CRISANTO.—(*Con malicia.*) Del de a peseta y marca M. M., o sea: "Muy malo".

DON JOSE.—Estás en todo. ¡Dios te bendiga! (*Cierra.*) Dos, uno, tres, tres, ocho, dos, uno, tres, tres, nueve... Dos, uno, tres, tres... (*No encuentra el que busca. Se moja el dedo afanosamente*), tres, tres...

ESCENA II

DICHOS y DOÑA TRANSITO (primera izquierda).

TRANSITO.—Ae María.

DON JOSE.—Tres, tres... (*La mira iracundo por encima de las gafas.*)

TRANSITO.—Que Ae María...

DON JOSE.—(*A regañadientes.*) Bueno... Pecado cebida... (*Mirándola malhumorado.*) ¿Qué pasa?

TRANSITO.—(*Con enfado.*) ¡Nada!

DON JOSE.—¡Pues largo!

TRANSITO.—¿Molesto?

DON JOSE.—Sí, señora.

TRANSITO.—Me alegro.

DON JOSE.—Nada de alegro... ¡Conque, hale!...

TRANSITO.—¡Nada de hale!... ¡Que la tienen a una que moler el caracolillo, caray!

DON JOSE.—¡Pues a que la muelan el caracolillo, ande!

TRANSITO.—¡Que no lo va a moler una con los dedos!

DON JOSE.—Con los dedos, no; pero con las pezu... ¡Dios me perdone!

TRANSITO.—(*Con gesto despectivo.*) ¡Eeeeh!... ¡El demonio del señor éste, caa día más grosero y más...! ¡Hay que ver, qué asco de trastienda!... ¡Too lleno de colillas, con un olor a tabacazo y un humazo que no se respira!... ¡Puaf, qué asco!... ¡Hay aquí caa microbio como una rana!... Yo voy a ventilar esto. (*Le da al ventilador y salen volando todas las facturas que había ordenado don José.*)

DON JOSE.—(*Indignado.*) ¡Maldita sea! (*Intentando coger los papeles en el aire.*) ¡Santísima...! ¡Me ca...! ¡Mecachis en!... ¡Esta tía!... ¡Vamos, no sé cómo no la...!

TRANSITO.—¡Ya los cogeré yo, señor; que no es pa ponerse de esa manera! (*Coge algunos y va a devolvérselos.*)

DON JOSE.—(*Furioso.*) Gua..., gua..., gua...

TRANSITO.—(*Retrocediendo.*) ¡Madre! ¡Si paece un perro rabioso!

DON JOSE.—¡Gua..., gua..., guárdese usté de volver a entrar aquí! ¡Cuando la vi, ya supuse alguna fechoría!... ¡Y mia si...! ¡No sé cómo no la...!

TRANSITO.—Siempre ha sido usté un hombre insufrible. Dios me

perdone; pero de algunos días a esta parte, está usté pa que lo amarren. ¡Jesús!

DON JOSE.—Amarren..., amarren...

TRANSITO.—Sí, señor, sí... ¡Y por supuesto, que ya sé yo los motivos que le tienen en ese estao!... (*Dando zorrazos encima de la mesa para quitar el polvo.*) ¡Sí, señor!... ¡Y se los podía usté aguantar, que usté solito tie la culpa, y nadie más!

DON JOSE.—¡Calle usté, que no sé cómo no...! (*La mira iracundo.*)

TRANSITO.—¡Sí, sí, sí!... No me mire usté con esos ojos, que sí, sí, sí... ¡Usté solito!... Sí, sí, sí... (*Repite el sí con una insistencia agresiva.*) ¡Que todo este disgusto es porque le ha venido de América el sobrinito, después de un año escaso de estar allí, y le ha vuelto tan sinvergüenza y tan golfo como se le fué, y no sabe usté qué hacer con él!... Ni más ni menos. Y no me diga usté que no es eso..., porque es eso, y eso, y eso... Y na más que eso.

DON JOSE.—¿Eso?...

TRANSITO.—¡Sí, sí, sí, sí!

DON JOSE.—Bueno, cállese y váyase al demonio... ¡Que con mi sobrino, y con todo lo de mi vida, haré lo que me convenga, y nada más!...

TRANSITO.—¡Pero no nos chinchorree a los que estamos a su lao, caray!

DON JOSE.—¡Fuera de aquí!...

TRANSITO.—¡No me da la gana!...

DON JOSE.—¿Que no le da la gana?...

TRANSITO.—¡Sí, sí, sí, sí!... ¡Digo, no, no, no, no, no!...

DON JOSE.—¡Maldita sea!... ¡No me desespere y váyase a la...! (*Le amenaza con una libra de chocolate.*)

ESCENA III

DICHOS y CRISANTO.

CRISANTO.—(*Aparece por la puerta de la tienda, manso, apacible. Tipo de sacristán, con fijador Omega. Viendo la escena con asombro.*) ¡Ave María Purísima!

DON JOSE.—(*Disimulando el ademán.*) ¿Eh?...

CRISANTO.—(*Cambiando el asombro por un tono devoto e hipócrita.*) ¡Ave María Purísima!

DON JOSE.—Pecado cebida.

TRANSITO.—Ten cuidao, que hoy está que muerde. Y no me mire

con esos ojos, que sí, sí, sí... ¡Que muerde!... ¡¡Que muerde!! (*Vase renegando.*) ¡Que muerde!...

DON JOSE.—¿Estás oyendo?

CRISANTO.—(*Con melosidad y sonriendo dolorosamente.*) ¡Pero, madre!... ¡Jesús, qué madre!... ¡Ay, qué madre esta!

TRANSITO.—(*Volviendo a salir.*) ¡Que muerde!... ¡Sí, sí, sí, sí!... (*Vase.*)

DON JOSE.—¡Fuera de aquí!... ¡Maldita sea!... (¡Bueno, qué costarán esas ametralladoras de bolsillo que están ahora de moda?... Porque si fueran baratas... ¡Vamos, es que...!)

CRISANTO.—¡No la haga usté caso!

DON JOSE.—No, si yo... Tú hazte del colegio de huérfanos de esperpentos, por si un día me coge así..., vamos... (*Cambiando de tono.*) Bueno, ¿y qué querías, hijito?

CRISANTO.—Pues decirle a usté que acaba de llegar don Orencio, y que le he dicho lo que tuvo usté la bondad de decirme que le dijese, o sea que deseaba usté hablar con él. Y me ha dicho que espera sus gratas órdenes, o sea que está ahí fuera.

DON JOSE.—Pues dile que entre, o sea que pase.

CRISANTO.—(*Llamando.*) Don Orencio. Que pase usté, o sea que entre.

ESCENA IV

DICHOS y DON ORENCIO. Algo así como un cura de paisano.

DON ORENCIO.—(*Le estrecha la mano y le dice con aflicción.*) ¡Santos y turbulentos, mi querido Pepe!

DON JOSE.—Resignados y laicos, mi entristecido Orencio.

DON ORENCIO.—Me ha insinuado aquí, Crisanto, que deseabas decirme... no sé qué, y me ha faltado tiempo para ponerme a tus gratas.

DON JOSE.—Tantísimas gracias; pero ten la bondad de favorecer una silla con tu..., con tu asiento; que yo, a mi vez, con tu permiso, antes de que hablemos voy a sentar en el libro unas notitas.

DON ORENCIO.—Pues siéntalas, siéntalas...

DON JOSE.—Pues siéntate, siéntate... (*A Crisanto.*) Bueno, ¿y cómo sigue la venta, hijo mío?

CRISANTO.—Regularcitamente, a Dios sean dadas; pero con tendencia a la baja. (*Lastimero.*) ¡A qué negarlo!

DON JOSE.—(*Con desconsuelo.*) ¿Oyes esto?... ¡Con tendencia a la baja! ¡El comercio perdido! ¡Y no caerá del cielo una lluvia de fuego que aniquile a los que...!

CRISANTO.—Ya sabe usté, don José, que se lo tengo dicho; que el chocolate no le va a este régimen.

DON JOSE.—¿Crees tú, hijo mío?

CRISANTO.—Y menos el elaborao a brazo.

DON ORENCIO.—No anda descaminao, no. El chocolate es de origen más esclarecido; merienda y desayuno de familias esclarecidas, cristianas... ¡Oh, dichosos tiempos estos, si todavía el soconusco...!

CRISANTO.—¡Qué soconusco!... Los de este régimen son de sopas de ajo o prefieren hacerse migas... para desayunar; pero, vamos, chocolate... (*Gesto negativo.*)

DON ORENCIO.—Exacto, exacto.

DON JOSE.—Bueno, a ver esas notitas.

CRISANTO.—Aquí están las de ayer.

DON JOSE.—A ver.

CRISANTO.—(*Leyendo un papel.*) Venta al detall, vulgo menudeo: don Santos Calvario Orbegoso, dos libras de chocolate marca M. M.; es decir: *muy malo,* a peseta, dos pesetas (*Don José repite las cantidades*); don Trinitario de la Cruz Santero, cuatro libras de chocolate marca M. M.; es decir: *menos malo,* a una cincuenta, seis pesetas.

DON JOSE.—(*Escribiendo.*) Seis pesetas.

CRISANTO.—Don Epifanio Cantullano Reza, cuatro libras de chocolate marca M. M.; es decir: *mucho mejor,* a dos pesetas, ocho pesetas.

DON ORENCIO.—¡Caramba, cuántas cosas se pueden hacer en el comercio con la misma marca!

DON JOSE.—Sí, hijo; nosotros nos hemos agarrado en nuestros chocolates a la M. M., que abarca desde lo *muy malo* a lo *más magnífico.* Y así, a los parroquianos, sin salirnos de la *eme eme,* que es una marca igualitaria, los dejamos tan contentos, y, sin embargo, cada uno se desayuna con su eme eme.

CRISANTO.—¡Este truquito embustero-socialista me se ha ocurrido a mí!

DON JOSE.—¡Oh, ahí donde lo ves, es un águila para el mostrador! Siempre se le están ocurriendo máximas comerciales.

DON ORENCIO.—¿De veras? (*Riendo.*)

DON JOSE.—Mira la que se le ocurrió ayer: "Pesa mal y acertarás".

CRISANTO.—(*Muy satisfecho.*) ¡Arreglo de un conocido refrán!

DON JOSE.—Otra: "El fiao, o regañao o no cobrao..., conque lo mejor es el contao".

DON ORENCIO.—(*Con entusiasmo.*) ¡Magnífica! ¡Magnífica!

DON JOSE.—"El que paga, descansa; pero el que cobra, puede tumbarse a la bartola".

CRISANTO.—¡En verso, y mío!

DON ORENCIO.—¡Estupendo!... ¡Crisantito, eres un águila!

CRISANTO.—¡Un cuquito na más!

LORO.—Lorito rrreal...

DON JOSE.—¡Cállate, ladrón!

CRISANTO.—¡Mecachis en la mar!... ¡Punto en pico!

DON JOSE.—¡Nos va a comprometer ese animalucho!

DON ORENCIO.—¡Pero, hombre, estando los tres solos!...

DON JOSE.—Además, ahora ya se hacen cargo que un loro no es una persona, que con un pequeño esfuerzo puede pasar de una cosa a otra...

CRISANTO.—Todo es cuestión de gana.

DON ORENCIO.—Claro..., pero un animal se muere con la fraseología que ha aprendido.

CRISANTO.—¡Como nos moriremos nosotros! (*Se dan la mano.*)

LORO.—¡Cavernícolas!

DON JOSE.—(*Con terrible sorpresa.*) ¡¡Caray!!

DON ORENCIO.—¡Demontre!

CRISANTO.—¡Hombre, pues eso no se lo había yo oído nunca!

DON JOSE.—Se conoce que se lo ha enseñao el portero de enfrente, que es masón.

DON ORENCIO.—Pues cuando venga ese tío, le das el chocolate de lo más *eme eme.*

CRISANTO.—*Emeísimo.* ¡Lo tengo fichao!

DON JOSE.—Bueno, hijito; pues déjanos, o sea que te vayas a la tienda, que tengo que tratar con don Orencio un asunto reservado. Y llévate el loro.

CRISANTO.—Sí, sí, con mucho gusto, o sea pesaroso de abandonar tan grata compañía, pero obediente al mandato. Don Orencio, siempre beneficiao con su amistad en un ochenta por ciento.

DON ORENCIO.—Que sigas tan guapito y tan laborioso.

CRISANTO.—Y usté que me lo elogie.

DON ORENCIO.—¡Ah, oye; si viene la Deseada, mi sobrinita, no le des el chocolate de la *eme eme,* ¿eh?

CRISANTO.—No, señor; a ella se lo doy siempre de la marca extraordinaria.

DON ORENCIO.—¡Y qué marca es ésa?

CRISANTO.—Del P. CH. L. D., o sea pa chuparse los dedos.

DON ORENCIO.—Gracias, hijito; que lo pases bien, o sea adiós.

CRISANTO.—Lo mismo digo, o sea igualmente. (*Mutis llevándose el loro.*)

ESCENA V

DON JOSE y DON ORENCIO.

DON ORENCIO.—¡Qué criatura esta, lo que vale!

DON JOSE.—Ahora que yo lo cuido. Sólo de fijador me gasta treinta céntimos diarios. ¡Lleva una cabeza que es un azulejo!

DON ORENCIO.—Ya lo he visto.

DON JOSE.—¡Pero si vieras cómo me tiene la tienda de parroquianas!... ¡Es que se me lo comen!... ¡Je, je!... ¡Materialmente se me lo comen!

DON ORENCIO.—¡Qué bendición de horterita!

DON JOSE.—¡Como que he tenido que ponerle tela metálica al mostrador! ¡No te digo más!...

DON ORENCIO.—¿Sí?... ¡Ja, ja, ja!

DON JOSE.—¡Y algunas la agujerean!

DON ORENCIO.—¡Oh, qué intrepidez la femenina!... ¡Y es que el chiquillo es una golosina!

DON JOSE.—¡Y sobre todo, qué diferencia!... ¡Qué diferencia la de este santito con mi sobrino!... Son los polos opuestos: éste, guapito, bondadosito, trabajadorcito, mujerieguito sin exceso. El otro, feote, holgazanote, embusterote y de una desvergüenza, y de una golfería, y de una desfachatez...

DON ORENCIO.—Vamos, que no tiene el demonio por donde desecharlo.

DON JOSE.—No tiene. Y de él, precisamente de él, querido Orencio, deseaba hablarte.

DON ORENCIO.—Lo sospeché.

DON JOSE.—No en balde eres de la Sociedad de Cabezas de Familia.

DON ORENCIO.—Presidente de la Sección de Padrastros, para servirte. Y hoy, no sé por qué, supuse que tu llamada era por algo de Paquito.

DON JOSE.—(*Se levanta dolorido y misterioso.*) En efecto, querido Orencio; mi sobrino es mi problema. ¡Mi tremendo problema!..., y para resolverlo necesito el consejo de tu amistad y sabiduría. Tú ya me conoces. Desde mi juventud he sido un hombre humilde, austero, casto..., ¡pero casto en toda la pureza de la palabra!... ¿Me comprendes?... Las mujeres han pasado por mi lado como

sombras pecaminosas, sin que ni una sola haya tenido conmigo el contacto más leve...

DON ORENCIO.—¡ Caramba !, ¿entonces eres...?

DON JOSE.—Sí. Es mi timbre de gloria; por eso no quiero mudarme de la calle de la Palma.

DON ORENCIO.—¡ ¡ Qué caso !!

DON JOSE.—Y para mí no ha habido más mundo que el trabajo y la oración, y encerrado en mi tienda como el caracol en su concha, todos mis placeres se han reducido a tocar en la gramola el "Ave María" de Gounod y adivinar las charadas de "La Semana Católica"... ¡ Considera lo que habré sufrido con ese demonio de sobrino !

DON ORENCIO.—¡ Entonces es que ha vuelto de América tan granuja... !

DON JOSE.—¡ Tan granuja y tan calavera como se fué !... ¡ Y de una sensualidad !...

DON ORENCIO.—¡ Jesús, Jesús !

DON JOSE.—¡ Tú sabes la historia ! Ese desgraciado, hijo de mi pobre y única hermana, antes de cumplir los cinco años quedó huérfano de padre y madre; yo lo recogí y lo eduqué con todo esmero... Y, sin embargo, aun no cumplidos los catorce, ya me sustraía partidas de chocolate de quince a veinte libras y me las vendía, ¡ o me las empeñaba !

DON ORENCIO.—¡ Pero toman chocolate en las casas de préstamos?

DON JOSE.—En algunas, sí.

DON ORENCIO.—¡ Qué espanto !

DON JOSE.—Luego acabó vendiéndome el cacao por arrobas, el azúcar en sacos, la canela en rama...; es decir: el chocolate sin manufacturar. Aquello era demasiado, y le mandé, por tu consejo, te acordarás, a América, a Guayaquil, a casa de mi primo Priscilo, que tampoco pudo hacer carrera de él.

DON ORENCIO.—¡ Inaudito !

DON JOSE.—Hasta que al fin, ¡ atérrate de esta abominación ! Huyendo de una fechoría amorosa, perpetrada en un colegio de señoritas, que vió aumentarse inopinadamente su clase de párvulos...

DON ORENCIO.—¡ Mi abuela !

DON JOSE.—Regresó a España hace cuatro meses, con ese loro, un jipi resquebrajao y doce pesos papel, pero papel de ese de... de no valer un céntimo. ¡ ¡ Y aquí tengo a semejante Fierabrás ! ! ¡ Calcula !

DON ORENCIO.—¡ Qué horror !

DON JOSE.—Es decir: aquí lo tengo a ratos... Cuando necesita dinero o cuando necesita esconderse de algún marido burlado, de algún padre escarnecido o de algún novio iracundo. (*Casi al oído.*) Una de las piscinas del Manzanares la estrenó él, ¡vestido y todo!... Un marido que le cogió y...

DON ORENCIO.—¡Pero el caso de ese muchacho!...

DON JOSE.—¡Increíble!... ¡Con él no tienes cajón cerrado, peseta segura, ni mujer tranquila! ¡Qué hago con él, querido Orencio, qué hago con él?

DON ORENCIO.—(*Exaltado.*) ¡Cómo que haces con él? La sola vacilación es un pecado mortal.

DON JOSE.—¿Crees tú?...

DON ORENCIO.—¡Quién lo duda! En un hogar cristiano, como el tuyo, no puede cobijarse ni un día más un muchacho de tan perniciosas y disolutas costumbres.

DON JOSE.—(*Afligido.*) Ayer le encontré en el bolsillo el retrato de una vicetiple con un traje que comparado con él una hoja de parra es una manta de Palencia; no te digo más.

DON ORENCIO.—¡Y qué hiciste con esa abominación?

DON JOSE.—Lo arrojé al fuego; pero no ardió todo. Mira. (*Le enseña un retrato medio chamuscado.*)

DON ORENCIO.—(*Mirándolo con avidez.*) ¡Ah!... ¡Oh!... Luego lo veré, que no hay luz. (*Se lo guarda.*) Pero no lo dudes, Pepe, echa a tu sobrino de esta casa. ¡Pero hoy mismo! ¡Sí, échalo! (*Mira a hurtadillas el retrato y se lo guarda.*)

ESCENA VI

DICHOS. DOÑA TRANSITO y CRISANTO.

(*Que sin duda estaban oyendo, salen presurosos. La primera de la segunda izquierda y el segundo por el foro.*)

TRANSITO.—¡Lo oye usté? ¡Está usté oyendo a don Orencio?

CRISANTO.—Lo que nosotros le decíamos... ¡Ahí lo tiene usted!

TRANSITO.—¡Ahí, ahí!... ¡Sí, sí, sí!...

DON ORENCIO.—(*Animado por el apoyo de los otros.*) Y debes echarlo "ipso facto".

TRANSITO.—¡"Ipso" es en seguida?

DON ORENCIO.—Sí, señora.

TRANSITO.—Pues "ipso", "ipso"...

CRISANTO.—¡Pero que "ipso" a la carrera!

DON ORENCIO.—Sí, dicen bien, querido Pepe... ¡Podría ser funesto para la paz de tu casa el demorar la resolución!

DON JOSE.—Sí, lo comprendo...; pero, vamos..., es que yo...

DON ORENCIO.—¿Qué?

DON JOSE.—¡Que echarlo me da, así, un cierto escrúpulo! No tiene en el mundo más que a mí...

DON ORENCIO.—¡Pero es que vacilas?...

CRISANTO.—¿No se llena usté la boca de decir que es malo?

TRANSITO.—¡Pero usté oye esto?

DON ORENCIO.—¡Pero, Pepe! ¡Qué falta de energía cristiana es esa que claudica ante un truco ridículo y sensiblero? ¡Pepe, no vaciles! Tú no puedes olvidar los sagrados deberes que echa Dios sobre la conciencia del cristiano a quien favorece con sus dádivas. Tú tienes una fortuna cuantiosa.

DON JOSE.—¡Hombre, no tanto!

CRISANTO.—¡Sí, señor, cuantiosa!

TRANSITO.—¡No va usté a engañarnos!

DON ORENCIO.—No tienes más heredero que tu sobrino.

LOS DOS.—No, señor.

DON ORENCIO.—¡Y vas a dejarle a ese granuja toda tu riqueza, para que un dinero ganado honradamente en el trabajo y recogido con cristiana previsión sea dilapidado en el vicio y la crápula?... ¡Ah, no!... ¡Cien veces no!

TRANSITO.—¡No, no, no, no!...

DON ORENCIO.—(*Tapándole la boca.*) ¡Bueno, no fatigarse, no fatigarse!... De modo que debes desheredarlo hoy mismo.

DON JOSE.—¿Hoy mismo?

LOS DOS.—¡Sí, sí, sí, sí!...

DON ORENCIO.—No fatigarse, no fatigarse... Y dedicar esa fortuna, que no es tuya...

DON JOSE.—¡Hombre!...

DON ORENCIO.—¡Que no es tuya!

LOS DOS.—¡No, señor!

DON ORENCIO.—Que es de Dios Nuestros Señor...

LOS DOS.—¡Sí, señor!

DON ORENCIO.—Que te la dió para que fuera repartida en su loa y servicio.

LOS DOS.—¡Y servicio!

TRANSITO.—Y aquí está una servidora.

CRISANTO.—Y un servidorito. Y no hay más servicio.

DON ORENCIO.—¡Calma, calma, que hay más!... ¡Que un servidor no lo ha dicho todo! Una parte de tu riqueza podrías dedicarla

a proteger obras pías, acordándote, si crees que lo merece, de mi benéfica, de mi grandiosa fundación "Pro niños en el destete".

TRANSITO.—(*Aparte a Crisanto.*) (¡Oye, dice que pro niños!)

CRISANTO.—(Sí, pero deje; eso es barato. Con dos pesetas de acíbar desteto yo a medio Madrid.)

DON ORENCIO.—Tampoco debes olvidar a esta madre y a este hijo, que se ha desvivido por aumentar tu fortuna.

CRISANTO.—¡Y con una pizca de sueldo!

TRANSITO.—¡Y aguantándole sus chinchorrerías!

DON JOSE.—Sí, sí, bueno; pero... (*Abrumado.*) ¡Qué le digo yo para echarlo?

DON ORENCIO.—Piensa que si no alejas hoy mismo de tu casa a esa podre de pecado Dios puede aniquilarte.

TRANSITO.—Y enviar sobre ella un castigo mortal...

CRISANTO.—¡Quién le dice a usté que como Paquito no se trata más que con canallas y gandules, un día no ocurre en esta casa un crimen espantoso?

TRANSITO.—Que entren a robarle a usté..., ¡u a atracarle!...

DON JOSE.—¡Por Dios!...

CRISANTO.—¡Y nos asesinen a todos!...

DON JOSE.—¡Caray!

DON ORENCIO.—¡Tienen razón!

CRISANTO.—¡U alguna otra catástrofe, que la tengo detrás de las orejas!

DON ORENCIO.—¡La tiene detrás de las orejas!... ¡Figúrate si puede ser grande!...

DON JOSE.—¡Por Dios, no asustarme!

DON ORENCIO.—Piensa, Pepe, que si no apartas a ese réprobo de aquí quizá un día no lejano oirás en tu morada un estrépito espantoso, que cual cataclismo bíblico...

ESCENA VII

DICHOS y PAQUITO.

(*En este momento se oye en la tienda un estrépito formidable. Gritos de socorro, un tiro y ruido de cristales que se rompen. Golpes, ayes, ladridos, y entre este tumulto de infierno aparece Paquito, cuando se indique, por la puerta del foro, jadeante, despeinado, con la corbata deshecha, sucio de polvo, pero sonriente, tranquilo y haciendo con las manos ademán de que callen.*)

DON JOSE.—(*Aterrado, como todos.*) ¡Jesús, qué es esto?

DON ORENCIO.—¡Qué pasa?

CRISANTO.—¡Gritos, tiros, ayes!...

TRANSITO.—¡Lo ve usté?... ¡Lo ve usté?

DON JOSE.—¡Pero qué ocurre?... ¡Sal a ver! (*Crisante hace mutis a la tienda.*)

TRANSITO.—¡El cataclismo!

DON ORENCIO.—¡Si antes lo digo!...

(*Aparece Paquito en la puerta.*)

TRANSITO.—¡El! ¡El¡

PAQUITO.—¡Yo! ¡Yo, sí!... ¡Soy yo!... Pero, nada, nada... No asustarse.

DON JOSE.—¡Paquito! ¡Tú!

PAQUITO.—Sí; pero nada, nada. No asustarse, que no es nada.

DON JOSE.—¡Cómo nada, y hay fuera un terremoto!...

PAQUITO.—(*A alguien que está en la puerta.*) ¡Apretar, que no levanten el cierre!

DON JOSE.—¡Pero qué ha pasado?

DON ORENCIO.—¿Qué ha ocurrido?

PAQUITO.—Nada; una pequeña equivocación. Un señor que ha tirado una piedra creyendo que me iba a dar a mí y ha dao en la luna del escaparate.

DON JOSE.—¡Qué horror!

DON ORENCIO.—¡Qué espanto!

PAQUITO.—Sí, pero no me ha hecho nada. No asustarse. El escaparate, no; pero yo, ileso. (*Suenan más estacazos dados sobre una puerta metálica.*)

DON JOSE.—¡Pero esos golpes?...

PAQUITO.—¡Apretar, que no levante el cierre! Nada (*Más golpes*), unos golpecitos. ¡Nada!

TRANSITO.—(*Huyendo primera izquierda.*) ¡Virgen santa!...

PAQUITO.—¡Qué asustadiza, la pobre!

ESCENA VIII

DICHOS, GLORITA y DOÑA MARAVILLAS.

(*Entran por el foro despavoridas, lívidas, con los pelos en desorden, jadeantes.*)

GLORIA.—¡Ay, Paquito!... ¡Que nos persigue!

MARAVILLAS.—¡Que nos mata!... ¡Auxilio!

DON JOSE.—¡Pero quién?

GLORIA.—¡El tiro me ha chamuscado el abrigo!

MARAVILLAS.—¡Viene ciego!... ¿Dónde me escondo? (*Buscan un sitio.*)

DON JOSE.—¡Pero ustedes...? ¡Pero quiénes son?

PAQUITO.—Nada, no es nada... Dos señoras... ¡No asustarse, que son dos señoras!...

GLORIA.—¡Pronto, que nos asesina!

MARAVILLAS.—(*A don Orencio.*) ¡Nos hace migas, caballero!

DON ORENCIO.—¡Pero qué dicen de migas?

DON JOSE.—¡Pero estas mujeres?...

PAQUITO.—La señora y la señorita de... (*Un estrépito de cristales rotos.*)

DON JOSE.—¡Qué ha sido ahora?...

PAQUITO.—¡El otro escaparate!...

GLORIA.—¡Ya está dentro!

MARAVILLA.—¡Escóndenos, por tu salú, que nos mata!

PAQUITO.—Con permiso de mi tío. Meterse aquí dentro. (*Las mete segunda izquierda. Cierra.*)

CRISANTO.—(*Que sale de la tienda nervioso, horrorizado, jadeante.*) ¡Ay, don José!... ¡Ay, don José!

DON JOSE.—¡Qué?

CRISANTO.—Un tío loco, mal encarao, con los pelos de punta, una estaca en una mano y una pistola en la otra, que ha entrao y está registrando la tienda!...

DON JOSE.—¡Pero quién es?

CRISANTO.—¡Una fiera!... ¡Un tigre!

PAQUITO.—No asustarse. Un amigo mío. Recíbalo usté, porque conmigo tiene confianza y podría dispararme...

DON JOSE.—¡Y quieres que yo?...

PAQUITO.—No, si puede usté recibirlo sin miedo. Atrincherándose, por si acaso, pero sin miedo. Y usté, don Orencio, parapétese, no le dé en la cabeza...

DON ORENCIO.—¡Mi madre!... ¡Este susto me cuesta la vida!

CIPRIANO.—(*Dentro.*) ¿Dónde está ese bandido?

PAQUITO.—Eso es a mí. No asustarse.

CIPRIANO.—¿Dónde está ese canalla?

PAQUITO.—A mí, a mí. ¡Es a mí!

DON JOSE.—Pues sal tú a hacerle frente.

PAQUITO.—Sí, señor, voy... (*Va hacia la tienda.*)

CIPRIANO.—¿Dónde estás, que te asesino?

PAQUITO.—Voy al sótano, porque ahora..., como está así, tan excitao, no me atrevo... Pero, nada, nada; no asustarse, que es un amigo. Hasta luego... (*Levanta la trampilla y desaparece como un rayo.*)

ESCENA IX

DON JOSE, DON ORENCIO, CRISANTO y SEÑOR CIPRIANO.

(*Tipo de chulo matón de los barrios bajos. Aparece por el foro con una pistola en una mano y una garrota en la otra. Viene descompuesto, iracundo. Se detiene en la puerta y pregunta con cara feroz y voz reconcentrada.*)

CIPRIANO.—¿Lo he matao? (*Quedan temblando.*)

CRISANTO.—¡Ese es!

CIPRIANO.—(*Se guarda la pistola y coge a don Orencio por un brazo.*) ¡Lo he matao?

DON ORENCIO.—(*Tembloroso.*) ¡Yo, un servidor, soy visita y no puedo precisar!...

CIPRIANO.—(*Suelta a don Orencio y coge a Crisanto.*) ¡Decirme que lo he matao!

CRISANTO.—¡Bueno, díganselo ustedes, porque un se... se..., un servidor soy el dependiente y no tengo se... se... seguridadí...

DON JOSE.—¡Pero qué dice usté da matar, hombre de Dios!

CIPRIANO.—¡Sí, díganme ustedes que lo he matao para que yo me alegre... (*Pone cara de alegría feroz*), porque si no...! (*Vuelve al gesto iracundo.*) ¡¡Si no...!! (*Cada vez más amenazador.*)

DON ORENCIO.—Sí, sí, por Dios; decirle algo para que se alegre...

CRISANTO.—Bueno, sí, señor; pues lo hemos visto entrar medio muerto; pero, vamos, seguridad absoluta de que haya fallecido no se la puedo dar a usté.

CIPRIANO.—Bueno; pues si no lo he matao, lo mataré, escóndase donde se esconda. ¡Yo no me voy de aquí sin sus despojos! (*Se sienta.*)

DON ORENCIO.—(¡Caray, este tío es una hiena!) Bueno, pues un servidor, cuando la cuestión esté en términos más cordiales, tendrá el gusto de... (*Va a marcharse por el foro.*)

CIPRIANO.—(*Le detiene cogiéndole de un brazo.*) ¡Usté no se va!

DON ORENCIO.—¡Es que tengo que irme a... sacar la cédula, que es el último día, y... hay cola!...

CIPRIANO.—Antes tie usté que ayudarme a transportar a un moribundo.

DON ORENCIO.—¡Pero qué moribundo?

CIPRIANO.—Ahora se lo presentaré a usté. Voy a ver si lo encuentro. (*Mira por toda la habitación, y Crisanto y don Orencio,*

aprovechando este momento, vanse rauda y cautelosamente segunda izquierda.) ¡Porque ese ladrón no se escapa!... ¡Aquí está y aquí he de matarle!

DON JOSE.—¡Pero , por Dios, señor mío, calme su ira y dígame qué ha sido esto!

CIPRIANO.—Ahora, cuando lo mate, se lo contaré a usté minuciosamente. ¡La cortina ha ondulao!... (*Buscando.*) ¿Estará aquí?... No. (*Mirando.*) A ver aquí debajo... ¡Nada! Registraré la casa. (*Se dispone a irse por segunda izquierda.*)

DON JOSE.—(*Deteniéndole.*) ¡Pero, señor mío!...

CIPRIANO.—¡Atrás!

DON JOSE.—¡Yo le suplico que respete mi domicilio!

CIPRIANO.—Pues tráigame usted su cabeza. (*Le rechaza de nuevo.*)

DON JOSE.—¡Caramba!... Insisto en que se modere; o al menos me diga con quién tengo el honor de forcejear.

CIPRIANO.—Pues el sujeto que ha tenido el gusto de arrollarlo a usté dos veces se apellida, incluído el patronímico, Cipriano Mínguez Calagua, modesto industrial del ramo de frutería...

DON JOSE.—¿Frutero?

CIPRIANO.—Frutero, sí. Establecido en la cae de los Dos Peces, tres; digo, Tres Peces, dos; que no sé ni lo que me digo, caballero. Y usté dispense que le llame caballero aunque está pasao de moda, que es que no está uno pa reflesionar.

DON JOSE.—Sí, me hago cargo.

CIPRIANO.—¡Y los amigos esos que estaban aquí?

DON JOSE.—Se habrán ido a tomar tila, supongo yo, porque, vamos... Conque siéntese, cálmese y dígame a qué ha venido esta trapatiesta, señor Cipriano. (*Se sientan.*)

CIPRIANO.—Pues ha venido porque ese canalla de sobrino de usté, que ludibria hasta el aire que respira, ha deshecho mi hogar, ha deshonrao mi nombre, ha destruído mi vida. Na más que esa minucia.

DON JOSE.—¡Pero, por Dios, qué me dice usté?... ¿Y por qué motivo?

CIPRIANO.—¡Ah, caballero, el motivo es obvio!... ¿Usté sabe lo que es obvio?...

DON JOSE.—Yo, no señor.

CIPRIANO.—Ni yo tampoco. De modo que pasemos de largo y entremos en la raíz integral del hecho. Sirvo la fruta al señor Ortega y Gasset.

DON JOSE.—Ya se conoce. Conque tranquilícese y continúe.

CIPRIANO.—Caballero. Yo vivía feliz con una sobrina y una hermana que habrá usté tenido el gusto de ver.

DON JOSE.—Sí, señor; de pasada, pero las he visto.

CIPRIANO.—Los tres solitos, tíos y sobrina, nuestro hogar era un erial de felicidad. Yo controlaba cuidadosamente día y noche, cual padre amante, el honor de la chica; pero se introdujo en mi casa su sobrino de usté y nos chusqueó el control.

DON JOSE.—¡Caramba, pues sí que...!

CIPRIANO.—Porque aun cuando mi sobrina—hay que decirlo todo—es de una sosería patobiológica que espanzurra, como otee a un chaval sinsombrerista que armonice su ansiosidaz estética y la invite al "cine", yo no sé qué tiene, que en la oscuridaz pelicular se incrusta al convidante, y claro, ya no vive uno tranquilo, temiéndose que de una de estas adhesiones sintéticas, el mejor día, la resultante sea un aumento padrónico. Sirvo la fruta al señor Unamuno. ¡Pero usté me ha comprendido?

DON JOSE.—¿Cómo no?... Pero, vamos, temiendo esas coqueterías patobiológicas de su sobrina, ¿por qué no cuida usté de la muchacha?

CIPRIANO.—¡Cómo que cuide?... ¡Si desde niña mi hermana Maravillas la ha carabineao!... Ahora que, aunque tarde, he visto con dolor que esa desgraciada en vez de carabinearla la "tercerotea".

DON JOSE.—¡Caray, pues sí que...!

CIPRIANO.—¡Y en estas y en las otras, su joven pariente tuvo el cinismo de venir y pedirme la mano de la chica!... Pero como yo me figuraba pa qué la quería se la negué con una rotundidad férreoplástica.

DON JOSE.—¡Bien hecho!

CIPRIANO.—Pues negársela y declararme la guerra fué todo uno. Yo desde el mismo instante sospeché que aquel granuja no tenía más que dos empeños: enamorarla a ella y molestarme a mí. Pero tenía más.

DON JOSE.—¡Lo creo!...

CIPRIANO.—Porque ayer le sorprendí en el gabán ¡cuarenta y dos papeletas!...

DON JOSE.—¡Qué horror!

CIPRIANO.—¡Que nos ha dejao desnudos, caballero!

DON JOSE.—¡Toma!

CIPRIANO.—Y que haya desnudao a mi sobrina y a mi hermana, si han sido consentidoras... ¡Pero desnudarme a mí!...

DON JOSE.—¡Lamentabilísimo!

CIPRIANO.—Pues bien; ¡ellas, en lugar de delatármelo pa que yo le extrajese hasta la secreción interna (sirvo al señor Marañón), le han secundao y, puestos de acuerdo, ayer ¡me empeñaron la capa!

DON JOSE.—¡Atiza!

CIPRIANO.—¡Una capa bordá al lao de la cual la del alcalde es una toquilla indecente!

DON JOSE.—¡Qué espanto!

CIPRIANO.—Y con el importe, ¡y esto es lo que clama a Dios!, ¿dónde dirá usté que se fueron?

DON JOSE.—¡Qué sé yo!

CIPRIANO.—Pues a la carretera de la Coruña, a un sitio que le dicen "Sakuska", que es lo que han querido hacerme. ¡Pero no!... ¡Y cien veces no!...

DON JOSE.—¡Por Dios, cálmese usté!

CIPRIANO.—¡A mí la cusca, no!... ¡Porque a mí no hay quien me deshonre, no!... Me llamarán calderoniano, me llamarán lo que quieran; pero en cuestión de honor, y mediando papeletas de empeño, Guzmán el Bueno es un sorbete Ilsa a mi lado... ¡¡Los mato!! (*Se besa los dedos de la mano derecha y se golpea con ellos la palma de la izquierda.*) ¡Como con papel sellao!

DON JOSE.—Sí, pero comprenda usté que las locuras de la juventud tienen cierta disculpa...

CIPRIANO.—Están sentenciaos. ¡Mueren los tres!

DON JOSE.—¡Hombre, por Dios!

CIPRIANO.—¡¡Mueren los tres!! Me voy a situar en el bar de enfrente, y a medida que salgan de esta casa los iré pistoleando. ¡Lo juro por la santa memoria de mi santa madre, que santa gloria haiga! ¡Muere el trío!

DON JOSE.—¡Pero yo le ruego...!

CIPRIANO.—Nada más. Sobrio y ejecutivo. (*Le enseña la pistola.*) ¡Calibre 9,45! ¡Oirá las explosiones!

DON JOSE.—¡Pero reflexione...!

CIPRIANO.—¡Como salgan a la calle hay tres muertes! En el bar estaré una semana, dos, cinco, día y noche. ¡Lo que sea menester!... Hasta que mate al último superviviente. De usté atento y demás iniciales. ¡Muere el trío! (*El juego de antes.*) ¡Como con papel sellao! (*Vase foro.*)

ESCENA X

DON JOSE. Luego, PAQUITO. Después, GLORITA y DOÑA MARAVILLAS.

DON JOSE.—¡Dios mío, estoy aterrado! ¡Pero este chico, qué situación me crea! ¡Un tío bárbaro y furibundo acechando en la calle! ¡El amenazao de muerte! ¡Dos mujeres desconocidas dentro

de mi casa y expuesto a verme en el Depósito judicial, en el Juzgado de guardia, qué sé yo!... ¡Vamos, este miserable, es que...! (*Levanta la trampilla y le saca tirando del cuello de la americana, como quien saca un pelele.*) ¡Ven aquí, sal, canalla, bandido! ¡Ya lo has oído: que en cuanto salgas, muere el trío!

PAQUITO.—(*Llorando amargamente.*) ¡Tío, por Dios!... (*Se arrodilla.*)

DON JOSE.—¡Granuja!... ¡A ti te parece que yo puedo tolerar tu presencia en mi casa ni un día más?

PAQUITO.—¡No, señor; ni un día, ni una hora, ni un minuto más! ¡Y debe usté echarme!... ¡Pero no me eche usté hasta la semana que viene, porque con ese tío ahí fuera!...

DON JOSE.—¡Eres un miserable!

PAQUITO.—¡No, tío, por Dios!... No me juzgue usté sin oírme.

DON JOSE.—¡Bueno, pues habla, habla!...

PAQUITO.—Yo lo que puedo jurarle a usted es que soy inocente.

DON JOSE.—¡Y tendrás el valor de jurarlo?

PAQUITO.—Sí, señor. ¡¡Lo juro de rodillas, acostao, como usté quiera!

DON JOSE.—Entonces, ¿quiénes son esas señoras que están ahí escondidas? (*Sacándolas de la mano.*) Hagan el favor de salir.

GLORIA.—(*Bajando los ojos.*) Caballero...

MARAVILLAS.—Caballero...

DON JOSE.—¡Quién es esta señorita? ¡Quién es esta señora? ¡Quiénes son estas mujeres? Contesta.

PAQUITO.—(*Con humildad.*) ¿A qué pregunta contesto antes?

DON JOSE.—A la que quieras. ¿Quién es esta señorita?

PAQUITO.—(*Sollozando.*) Pues la se..., se..., señorita, no sé..., no sé...

DON JOSE.—¿Eh?

PAQUITO.—Que no sé qué decir.

DON JOSE.—¿Quién es esta señora?

PAQUITO.—De la señora sí sé..., sí sé qué decir; pero no me atrevo, porque es una tía...

MARAVILLAS.—¡Oye, no te pares en eso!

PAQUITO.—Una tía carnal de esta señorita, que se ha visto envuelta inopinadamente en el asunto..., y no es cosa de que yo...

DON JOSE.—¡Y ustedes, por qué se han escondío aquí?

MARAVILLAS.—Pa que no nos vieran.

DON JOSE.—¡Toma, ya me lo figuro! Pero yo digo: ¿por qué motivo?

MARAVILLAS.—A mí no me pregunte usté más, porque con este disgusto, las lágrimas no me...

DON JOSE.—Pues tenga la bondad de explicarse, señorita, usté que parece más serena.

GLORIA.—Es que yo no he llorao porque no me había usté preguntao aún; pero ahora... (*Rompe a llorar amargamente*), la vergüenza me...

DON JOSE.—Bueno, basta de lágrimas... ¡Caray! Y háganse ustedes cargo de que yo necesito saber por qué motivo se asalta mi casa. Conque hay que hablar.

PAQUITO.—Bueno, tío, ¿sabe usté por qué ha ocurrido todo esto? Pues porque yo, siguiendo los impulsos generosos de mi alma, he querido sacar a estas desgraciadas de las garras criminales de ese vividor asqueroso, que las estaba explotando inicuamente.

DON JOSE.—¿Cómo explotando, si me ha dicho que le has empeñado hasta la respiración?...

PAQUITO.—¿Empeñarle yo la respiración?... ¡No la hubieran tomado! ¡Si es un tío asmático!

DON JOSE.—Dice que te ha encontrado cuarenta y dos papeletas.

PAQUITO.—¿Cuarenta y dos?... ¡Y no han llegado a treinta y nueve!... ¡Embustero!... ¡Miserable!...

DON JOSE.—Bien, pero vamos a lo concreto: ¿esta señorita?

PAQUITO.—¡Es un ángel del cielo, tío!

DON JOSE.—¿Del cielo?... Bueno, pues yo lo que deseo saber es: ¿para qué ha venido desde tan lejos a esta su casa?

PAQUITO.—¡Para redimirme a mí, tío!

DON JOSE.—A ti no te redime nadie.

PAQUITO.—¡Sí, tío de mi alma!... ¡Fíjese usté con qué monada llora!... ¡Acércate que te vea!

GLORIA.—(*Gimoteando.*) ¡Llorando no tengo vista!

PAQUITO.—¡Pero verdá que es guapísima, tío?

DON JOSE.—Yo no entiendo de eso, ni tengo por qué entender... Yo lo único que deseo es que se me explique por qué han venido ustedes a una casa que no...

GLONIA.—(*Atajándole.*) ¡Ah, sí, sí, don José! Nunca me arrepentiré bastante del disgusto que le hemos dao..., y yo estoy acongojada, yo me muero de pena..., si usté no me dice que me perdona... ¡Ah, sí, sí..., dígame usté que me perdona!... ¡Dígamelo!...

DON JOSE.—Señorita, yo no soy ningún ogro.

PAQUITO.—¿Lo ves?... ¡Te perdona!... ¡Te perdona! Bésale, bésale...

DON JOSE.—(*Asustado.*) ¡Caray, no!... ¡Eso sí que no!... ¿Qué es eso de bésale, bésale?... ¡De ninguna manera!

GLORIA.—Bueno, pero no hay por qué enfadarse.

PAQUITO.—¡Déjalo..., él se lo pierde! (*Atrayendo a Maravillas.*) Y aquí, esta señora, ¡qué digo señora!, este monumento, es su tía...

MARAVILLAS.—A mí no me presentes, porque un señor enfadao...

PAQUITO.—¡Y claro, así, avergonzada, no luce; pero cuando se tranquilice, ya verá usté simpatía y cosas!

MARAVILLAS.—(*Ruborosa.*) ¡Ay, pero qué ponderativo!

DON JOSE.—Bueno, bueno; eso de la simpatía y las cosas está muy bien, pero vamos, yo no tengo por qué detenerme en semejantes pormenores.

MARAVILLAS.—¡Sí, señor; a todo tie usté derecho!... ¡Hasta echarnos a puntapiés de su casa!

DON JOSE.—¡Dios me libre, señora!... Yo, con ustedes, buenamente...

MARAVILLAS.—(*Atajándole.*) ¡Ahora que Paquito nos ha engañao; nos ha dicho que era usté un hombre buenísimo, y no es usté un hombre bueno, no; usté es un santo!

DON JOSE.—¡No, por Dios!...

MARAVILLAS.—Sí, sí... Y viéndole esa cara tan simpática, de bondad y de nobleza, se siente una atraída, fortalecida, en su desamparo; y antes que tú se lo pidieras (*A Gloria*), yo sabía que nos perdonaba, porque un santo no puede negar su perdón a unas desgraciadas. (*Llorando.*) ¡No, no puede!... ¡No puede!

DON JOSE.—Nada de santo, señora; no insista en eso. Yo soy simplemente un hombre comprensivo y sé disculpar...

PAQUITO.—(*Con entusiasmo.*) ¡Que sabe disculpar?... ¡Las perdona, las perdona!... ¿Ve usté cómo las perdona?... Bésele usté, bésele usté.

DON JOSE.—¡Y dale con el bésele usté..., bésele usté!... ¡Pero no te digo que no quiero?

PAQUITO.—¡Bueno, pues abrazarle las dos!

DON JOSE.—¡Tampoco, caracoles!... ¡Qué es eso de abrazarle?...

PAQUITO.—¡Anden ustedes!

GLORIA.—¡Pero si no nos deja!

MARAVILLAS.—¡No hace falta abrazarle para comprender que a su lao se siente una protegida y apoyada!

PAQUITO.—¡Eso, apoyarse, apoyarse!

DON JOSE.—¡Que no, hombre!

PAQUITO.—¡Apóyense ustedes, anden!...

DON JOSE.—¡Que no insistas! Ni ellas tienes por qué apoyarse..., ni yo tendría resistencia..., para las dos.

MARAVILLAS.—¡Ay, qué bien se está a su lao, don José!

GLORIA.—¡Qué miedo da tener que dejar su compañía!

PAQUITO.—¡Y qué quietud, qué paz, se respira en esta casa!...

DON JOSE.—Sobre todo desde que tú has venido.

MARAVILLAS.—¡Pero no hay más remedio que marcharse!

PAQUITO.—¿Cómo marcharse?

GLORIA.—¡Sí, Paquito, no podemos molestar a tu tío ni un minuto más, pase lo que pase!

PAQUITO.—¡Pero cómo van ustedes a salir ahora, para que ese salvaje las agrediera y las...! ¡No, no! Conozco a mi tío y sé que no le importa, por evitarlas un riesgo de muerte, que estén ustedes aquí un día, dos semanas, tres meses, cuatro años...

DON JOSE.—Oye, oye..., para, para... Yo no me niego a evitarlas un peligro, y desde luego pueden quedarse aquí unas horas, hasta ver si ese bárbaro cede en su furor. Pero de eso, a...

MARAVILLAS.—(*Atajándole los tres.*) ¡Ah, que nos quedamos? ¡Qué bueno!

GLORIA.—¡Qué bueno es usté!

MARAVILLAS.—¿Me has dicho que le besara?... Sí, sí... (*Le besa.*)

GLORIA.—¿Me has dicho que le abrazara?... Sí, sí... (*Le abraza.*)

DON JOSE.—¡No, no, por Dios!... Que yo quería decir que de eso a...

PAQUITO.—¡Sí, tú abrazándole, usté besándole..., y yo aquí, arrodillado a sus pies, venerándole, porque es un santo!... ¡Un santo!

LAS DOS.—¡Un santo! ¡Un santo! (*Una le besa, otra le abraza, y Paquito, de rodillas, le besa la mano.*)

DON JOSE.—(*Evadiéndose a la efusión y pasándose la mano por la cara como para quitarse los besos.*) ¡No, no..., por favor!... ¡No más..., no más! ¡María Santísima, este chico, en qué cosas me mete!... ¡La cara me arde..., yo no sé lo que me pasa! (*Pausa.*) ¡No continuar, que me muero!... Bueno y ahora..., ahora que estamos más tranquilos..., ¿me hacen el favor de decirme quiénes son ustedes?

MARAVILLAS.—Pues somos unas almas agradecidas...

DON JOSE.—Sí, pero yo decía el apellido. Porque, claro, aquí en mi casa hay otras personas que tendrán que enterarse, y yo quisiera...

PAQUITO.—¡Ya lo creo que hay otras personas! ¡Pero, ah, también son buenísimas y me quieren muchísimo! (*Con alegría.*) ¡Mire usté, allí veo a doña Tránsito, inquieta y recelosa, oyendo detrás de la cortina!... ¡Es tan buena!... (*Sacándola de la mano.*)

ESCENA XI

DICHOS y DOÑA TRANSITO. Luego, CRISANTO, Después, DON ORENCIO.

PAQUITO.—Emerja, doña Tránsito, emerja sin temor, ¡que la quiero como a una madre!... ¡Ah, sí, sí, déjeme que la bese! (*La besa.*)

TRANSITO.—¡Aparta, condenao!

PAQUITO.—Claro, está escamadilla, porque como mi tío tiene unas míseras pesetas y soy su único heredero, ella y su hijo creen... ¡Pero no, no, doña Tránsito!... ¡La fortuna de mi tío para ustedes, que la merecen, porque le han ayudado a ganarla y a conservarla!

TRANSITO.—¡Y que lo digas!

PAQUITO.—¡Y no me mire con esos ojos de duda, no!... ¡Que voy a renunciar hoy mismo a cuanto pudiera corresponderme en favor de ustedes; porque es de justicia!

TRANSITO.—¡Sí, sí!... ¿Renunciar tú?... ¡Pamplinas!

PAQUITO.—¡Nada de pamplinas!... ¡Esto no es una añagaza, señora! Que lo que digo aquí lo vamos a firmar esta tarde en casa de un notario.

TRANSITO.—(*Admirada.*) ¡Pero qué dice este chico?

PAQUITO.—En casa de un notario. Aquí traigo escrita la renuncia. (*Saca un papel.*) ¡Entérese! (*Se lo muestra.*)

TRANSITO.—(*Lo ojea.*) ¡Jesús!... ¡Pero esto?... ¡Hijo mío!

CRISANTO.—(*Que ha salido por el foro antes y se supone que ha oído lo anterior.*) ¡Pero qué es esto, Paquito? ¡Es que un ángel te ha tocado en el corazón?

PAQUITO.—¡Sí, Crisanto, sí! ¡En mi corazón toca todo el mundo! ¡Esto es una pianola! (*Presentándole,*) El hijo de esta santa. ¡Se llama Crisanto!

CRISANTO.—¡Pa servir a Dios y a ustedes!...

PAQUITO.—(*A don Orencio, que está en la primera izquierda.*) Y usté, don Orencio, salga también.

DON ORENCIO.—¡Ya te he oído, hijo de mi alma!

PAQUITO.—El primer santo a quien se va a ver en los altares con jersey de cremallera.

DON ORENCIO.—¡Hombre, eso!...

PAQUITO.—¡Vamos, bienaventuradote! (*Le tira un pescozón, que*

él esquiva.) Es el iniciador nada menos que de la magnífica fundación "Pro niños en el destete".

MARAVILLAS.—¿Y qué es eso?

PAQUITO.—Que desteta todo lo que se le pone por delante.

MARAVILLAS.—¡Jesús!...

PAQUITO.—Pues sí, don Orencio, óganlo ustedes. Me caso y no quiero más bien ni más justicia que esta mujer. ¿Qué le parece?

DON ORENCIO.—¡Superior!... ¡Qué monísima!

PAQUITO.—¡Vamos, santurronzón! (*Otro pescozón, que es esquiva. A don José.*) Bueno, tío, y ahora hay que completar la obra y dar a estas señoras de almorzar.

GLORIA.—¡Ay, por Dios, eso no!

MARAVILLAS.—¡Eso sí que no! ¡De ninguna manera!

PAQUITO.—¡Que sí, tío, que están en ayunas!

DON JOSE.—¡Ah, pues nada, nada!... ¡Que almuercen!

TRANSITO.—Si ustedes se conforman con nuestra pobreza...

GLORIA.—¡No, no, señora, por Dios!... ¡No podemos aceptar!

DON ORENCIO.—¡Pero cómo van ustedes a salir, para que ese salvaje que las acecha!...

DON JOSE.—Ya se lo he indicado.

PAQUITO.—¡Oh, sí, sí!... Pon la mesa, Crisantito.

CRISANTO.—¡Encantao! (*Lo hace, sacando el servicio de la segunda izquierda.*)

PAQUITO.—(*A Tránsito.*) ¿Qué hay de almuerzo?

TRANSITO.—Tenemos pescao frito y un poco de carne en salsa. (*Vase.*)

PAQUITO.—¡Magnífico!... Vaya usté por queso y unos pasteles, don Orencito.

DON ORENCIO.—A escape. ¿Tienes dinero?

PAQUITO.—Sí, señor. Tome usté... (*Don Orencio alarga la mano.*) Tome usté dos duros de la registradora. (*Vase don Orencio puerta foro. Voz de una florera en la calle.*)

VOZ.—Rositas, de olor y qué bonitas.

PAQUITO.—¡Vamos a tener hasta flores! (*Abre la ventana y compra un ramo, que coloca encima de la mesa.*)

GLORIA.—¡Y no cierres la ventana, que entra un sol hermosísimo!

PAQUITO.—¡Bueno, pues a la mesa, a la mesa!

GLORIA.—¡Ay, pero yo tengo un reparo!...

MARAVILLAS.—¡Este trastorno por nosotras!...

PAQUITO.—¡Qué trastorno, si todos nos desvivimos por ustedes!... ¿No lo ve usté? ¡Si todo esto es bondad! ¡Aquí no hay más que bondad!

TRANSITO.—(*Saliendo con la fuente.*) Aquí está el frito. (*La deja en la mesa.*) A ver si les gusta. ¡Frito a la andaluza!

PAQUITO.—¡Huele que encanta!... Siéntese usté aquí, tío.

DON JOSE.—Hombre, yo...

PAQUITO.—(*Lo sienta.*) ¡Y usté a su verita, doña Maravillas! (*Sienta a Maravillas.*)

MARAVILLAS.—¡Qué cosas tienes! (*Se sienta complacida.*)

PAQUITO.—(*A Gloria.*) Tú, aquí... (*La sienta.*) Y yo, ¿quieres que me siente a tu lao?

GLORIA.—¡No, más cerca!

MARAVILLAS.—(*A don José.*) ¿Quiere usté, y perdone el atrevimiento, que nos comamos entre los dos este ramito de chanquetes?

DON JOSE.—Discúlpeme, pero con la emoción, el apetito, no...

MARAVILLAS.—(*Muy mimosa.*) ¡Pero qué culpa tienen los animalitos? Ande usté; yo éste..., usté éste..., yo éste...

GLORIA.—¡Y dale un sorbito de vino, tía! (*Se lo ofrece.*)

DON JOSE.—¡Ay, por Dios, eso sí que no!...

MARAVILLAS.—¡Ande usté, que sí!... ¡La alegría también es santa! ¡O se lo bebe usté, o se lo doy en un pistero!

DON JOSE.—(*Sonriendo al fin.*) ¡No..., ante esa amenaza!... (*Bebe.*)

PAQUITO.—¡Y ve usté, tío, ahora, con esta alegría y esta luz, parece usté más joven!

GLORIA.—Sí, el sol le hace guiñar los ojos, y le da una picardía y una malicia... ¡Qué señor más simpático!

MARAVILLAS.—¡Otro sorbito!

DON JOSE.—(*Riendo francamente.*) ¡No, no más, que tengo muy mal vino!

MARAVILLAS.—(*Mimosa.*) Usté no puede tener nada malo. (*Hablan bajo y ríen.*)

DON JOSE.—Es que soy cosechero.

MARAVILLAS.—¡Ja, ja, ja!

GLORIA.—¡Qué gracia!

PAQUITO.—¡Ya hace hasta chistes!... (*Aparte a Gloria.*) (Bueno, ¿qué te parece?)

GLORIA.—(¡Estoy asombrada! ¡Eres el demonio!... ¡Mira cómo ríen!)

PAQUITO.—(Pues como os he metido a vosotras, echaré de aquí a todos los que nos estorben. Ya lo verás.)

CRISANTO.—(*Entrando.*) Oye, Paquito, que te tengo que dar un recao en reserva.

PAQUITO.—(*Se levanta. Hablan aparte.*) ¿Qué pasa?

CRISANTO.—Una tía morena, con dos ojos como dos platos soperos, que pregunta por ti.

PAQUITO.—¡Atiza! La Reme.

CRISANTO.—Eso ha dicho, y ha añadido que, o sales, o entra y te da un escándalo que se te van a caer las orejas.

PAQUITO.—¡No, por Dios! Detenla, cueste lo que cueste, que ahora voy. (*Sale Crisanto corriendo.*)

GLORIA.—¿Qué es?

PAQUITO.—Nada, no es nada... ¡Un recao que..., pero nada, nada!... Ustedes almuercen, que yo vendré a los postres.

MARAVILLAS.—¡Pero cómo vas a salir con mi hermano acechándote?

PAQUITO.—¡No, si no me va a ver!... Un rayo anda a gatas comparao conmigo cuando corro... Seguir con el pescao, que no tardo... ¡Un minuto!...

GLORIA.—¡Pero tengo miedo, Paquito!... ¡No salgas!...

PAQUITO.—Nada, nada... ¡Tardo un minuto!... Seguir, seguir... (*Vase rápido.*)

DON JOSE.—¡Pero salir ahora ese loco de chico!... Me da miedo que...

MARAVILLAS.—¡Y a mí!

GLORIA.—¡Ay, como le vea mi tío! (*Se oye en la calle un estrépito tremendo; gritos, voces de auxilio, ayes, suena un tiro.*)

DON JOSE.—¡Le han matao!

MARAVILLAS.—¡Virgen santa!

GLORIA.—¡Ay, Paquito!... ¡Socorro!... ¡Paquito!...

CRISANTO.—(*Entra corriendo, con la blusa rota, un ojo amoratado y un chichón enorme.*) ¡Nada, nada, no ha sido nada!... Que me ha dicho que le acompañara, ha salido su hermano de usté, le ha tirao dos estacazos, me he puesto delante..., y él, nada, ileso...; ¡pero yo!... ¡Pa dos meses de cama! (*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Sin embargo, se observa en ella una mayor pulcritud. La mesa de despacho es nueva; la sillería, también. Los estantes, repintados. La ventana está abierta y entra un sol radiante. Sobre la mesa, en un jarrón, hay un ramo de flores. Es por la mañana. Cortinas de cretona.

ESCENA PRIMERA

DOÑA TRANSITO.

TRANSITO.—(*De oscuro, con manto, devocionario y rosario. Entra puerta de la tienda.*) ¡Nadie!... Y más vale que no haya nadie, porque si hubiera alguien, es que la... (*Con los dedos engarfiados, nerviosa y amenazadora, hace acción de acometer.*) ¡Porque es que traigo una ira, y una rabia, y una cólera!... ¡He atropellao un taxis en la esquina y de poco lo vuelco!... ¡Ahora que

con el rosario le he dao asi al chófer (*Indica el revés*) que le debo haber puesto un ojo!... ¡Jesús bendito!... (*Como una conminación.*) Bueno, Virgen santísima, concédeme lo que te he pedido, ¿eh? ¡Que reviente ese granuja de chico!... ¡Pero que reviente en seguida; si no, no te hago la novena, porque, vamos!... Haz brotar el fuego que lo abrase y lo consuma, y haz que yo lo vea retorcerse en las llamas del Infierno!... Es decir, que yo no lo vea, porque si yo lo viera, es que estaba allí. Y es que de la cólera no sabe una lo que se dice. ¡Bendito Dios! ¡¡Ah, tonta de mí!!... Dejarme engañar por un golfo de chico, que nos embaucó con sus zalamerías y con un papelito; que si renuncio, que si no renuncio, que si les dejo, que si no les dejo... ¡Y too lo que nos dejó fueron dos mujerotas metidas en casa!... ¡Porque aun están aquí, aquí!... ¡Es decir, aquí!... ¡Si estuvieran aquí!... (*Acción de destrozar con las uñas.*) Están en el entresuelo, admirablemente instaladas por ese tío tonto, que maldita sea su... Bueno, tengo un temblor y una... Vamos, es que... ¡Qué destrozaría yo, Dios mío!...

ESCENA II

DICHA y DON ORENCIO.

DON ORENCIO.—(*Asomando por la mirilla de la tienda.*) Ae María...

TRANSITO.—(*Se lanza a él.*) ¡¡Ah!!... (*Le reconoce.*) ¡Usté?... ¡Si no le reconozco tan pronto!...

DON ORENCIO.—¿Está usté sola?

TRANSITO.—Y más vale, porque si no...

DON ORENCIO.—(*En voz baja.*) Tengo que hablarla.

TRANSITO.—Pues pase, pase... (*Entra don Orencio.*) ¿Qué pasa?

DON ORENCIO.—(*Cada vez en voz más baja.*) Chitsss... Venga usté acá.

TRANSITO.—¿Dónde es acá?

DON ORENCIO.—Aquí. (*A su lado.*) Dígame: ¿las prójimas siguen?...

TRANSITO.—Aquí. Es decir, aquí, en el entresuelo... Hace ocho días, ¡¡ocho!!...

DON ORENCIO.—Chitsss... ¿Y el pollo?...

TRANSITO.—Sin la menor noticia.

DON ORENCIO.—¡Y ellas?...

TRANSITO.—Tan orondas.

DON ORENCIO.—Señora Tran...

TRANSITO.—Don Orencio...

DON ORENCIO.—La *tromadura* de pelo de que hemos sido víctimas no se subsana ni con diez y seis millones de *litros cúbicos* de Petróleo Gal.

TRANSITO.—Ya lo sé; pero yo le juro...

DON ORENCIO.—Confíe en mí. Vengo a que nos pongamos de acuerdo. La unión hace la fuerza bruta.

TRANSITO.—Eso de bruta...

DON ORENCIO.—Esta vez no es por usté. ¡Contra la astucia, la malicia!

TRANSITO.—¡Y naa más!

DON ORENCIO.—Y como en el cielo me aprecian mucho...

TRANSITO.—Sus motivos tienen.

DON ORENCIO.—Pues yo no sé qué santo me ha inspirado un plan diabólico.

TRANSITO.—(*Con alegría*). ¿Cuál?

DON ORENCIO.—Chitssss... Ya lo sabrá usté... ¡Y lo nuestro, será nuestro!... Y digo nuestro, aunque me refiera a la fortuna de don José, porque lo es, sí, señora, que lo es, lo es...

TRANSITO.—Sí, señor, que lo es...

DON ORENCIO.—Cuarenta años de amistad con un idiota...

TRANSITO.—No se pagan con nada, sí, señor.

DON ORENCIO.—¡Todos los días rezando por él!... ¡Porque en el cielo, por qué conocen a ese cernícalo?

TRANSITO.—¡Por usté, y naa más que por usté!

DON ORENCIO.—Sí, señora. Tanto, que el día que se muera no tiene más que ir y decir: "El recomendao de don Orencio...", y no le piden ni la cédula.

TRANSITO.—Pues dígale usté a San Pedro que no admita a ese hipócrita, porque...

DON ORENCIO.—No tenga usté cuidao, que eso es cosa mía. ¡Para que no se cuele, le van a poner cerrojo Fajs!

TRANSITO.—¡Bien hecho! ¡Porque don José, aquel hombre tan inocentón, tan recogidito, ya no es lo que era, don Orencio! Ni él ni la casa. ¡Porque mire usté este descaro de sol!... ¡Entrando una claridad que no hay mancha que no se le vea a una!

DON ORENCIO.—(*Se mira las suyas.*) Es verdad. (*Contando las suyas y las de doña Tránsito.*) Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¡Cierre usté en seguida!... (*Cierra.*)

TRANSITO.—¡Y mire usté esta porquería de flores en una mesa de despacho! (*Mostrándoselas.*)

DON ORENCIO.—¡Oh, qué abominación! ¡Pero este hombre es un chocolatero, o una vicetiple? ¡Tírelas usté! (*Las tira.*) ¡Así!

TRANSITO.—¡Y fíjese: todo limpio, todo nuevo, todo con un brillo que es un asco! Han tenido que venir de la calle dos tías cochinas para que esto se viera así.

DON ORENCIO.—Esto yo no es "La Antigua", la acreditada fábrica que fundaron en mil ochocientos treinta y cinco sus abuelos. Antes, todo recogido, discreto, oscurito. Metía usté un saco de cacahuets y no se sabía si era de cacao.

TRANSITO.—¡Ahora lo mete usté, y a simple vista se ve que no es cacao!

DON ORENCIO.—¡Oh, Dios! ¡Cómo permites esto? ¡Sólo es respetable lo antiguo! ¡Sólo es grande lo tradicional! ¡Esta tienda, ¡oh, dolor!, ya ha perdido lo que yo llamo "la sagrada suciedad de los años"!

TRANSITO.—Pues todo esto es lo que han armao esos dos demonios de mujeres.

DON ORENCIO.—¡Ah, lo que nos dejó ese niño con el timo del papelito! ¡Porque sabe usté lo que yo temo? ¡Que Pepe esté prendido en las redes infernales de esas dos mujerotas!

TRANSITO.—Pues sí, señor, lo está. ¡Está prendido en las re... des..., y en clase de besugo! ¡Y si viera usté a mi hijo, a mi pobre hijo!...

DON ORENCIO.—¿También prendido en las redes?...

TRANSITO.—En clase de boquerón, pero también. ¡Y usté se acuerda, que lo mismo el principal que el dependiente, vestían modositos, siempre de oscuro, con aquellos bigotes lacios y aquellos blusones llenos de grasa?... Pues ahora...

DON ORENCIO.—¿Ahora, qué?

TRANSITO.—Son dos maniquises de sastrería... ¡Y cuando vengan, huélalos usté!

DON ORENCIO.—¡Pues?...

TRANSITO.—¡Echan un olor a clavellinas que parece que los acaban de arrancar de un tiesto!

DON ORENCIO.—¡Pero es posible?

TRANSITO.—¡Mírelos usté; por allí vienen! (*Segunda izquierda.*)

DON ORENCIO.—¡Mi venerable abuela!... ¡Pero qué veo?... ¡Pepe con traje príncipe de Gales, con más cuadros que la sala de Goya!... ¡Una corbata detonante!... ¡Y, oh cielos! ¡Peinado hacia atrás!... ¡A la moda!... ¡Y con fijador!

TRANSITO.—¡Pues huélale usté cuando se acerque!

DON ORENCIO.—¡Y Crisantito, con el blusón de despachar en-

tallao, fruncido en la cadera, cuello puntiagudo, zapato blanco, ondulación al agua!... ¡Virgen santísima!... ¡¡Al agua!!...

TRANSITO.—¡Y huélalo usté también!...

DON ORENCIO.—¡Sí que lo oleré!... ¡Dios mío, pero qué infernal transformación es ésta?

ESCENA III

DICHOS, DON JOSE y CRISANTO.

(*Salen vestidos como se ha descrito. Al ver a don Orencio, se avergüenzan y contrarían.*)

CRISANTO.—(*Aparte a don José.*) (¡Don Orencio y mi madre!)

DON JOSE.—(¡Tu madre!... Bueno, pues calma.) ¡Hola!

DON ORENCIO.—(*Con rabia.*) ¡Hola!

DON JOSE.—(*Muy afectuoso.*) ¿Tú por aquí?

DON ORENCIO.—Yo por aquí.

TRANSITO.—(*Con ira.*) Y yo por este otro lao.

DON JOSE.—Pues mañana tendrá usté en esa puerta una mano con un dedo así, señalándole la cocina.

TRANSITO.—¡Eso...!

DON JOSE.—¡A callar, miss fogón! (*A Crisanto, aparte.*) (Creo que he estado enérgico.) (*A don Orencio.*) Y con tu permiso, vamos Crisantito y yo a la tienda a poner unos cromos en las libras de chocolate.

DON ORENCIO.—¡Cromos vosotros?... ¡Ya lo creo!... ¡Menudos cromos!

DON JOSE.—¿Es chufla, o ironía?

DON ORENCIO.—(*Se le acerca y lo olfatea.*) Es...

DON JOSE.—No son perfumaos. Son unos cromitos de artistas y bailarinas..., para darle un poco de amenidad al de a peseta. De modo que con tu permiso... (*Inicia el mutis.*)

DON ORENCIO.—(*Le detiene olfateándole.*) Ven aquí, Pepe...

DON JOSE.—(*Tratando de huir.*) ¡Pero qué te pasa?

DON ORENCIO.—No, no me huyas. (*Lo olfatea.*)

DON JOSE.—¡Oye, pero por qué me olfateas?

DON ORENCIO.—¡Ah, Pepe!... Ven... (*Le sigue olfateando.*) Ven...

DON JOSE.—Oye, bueno; pero no vengas detrás de mí olfateándome, qué me hace muy mal efecto, ¡caray!

DON ORENCIO.—¡Pero qué hedor infernal te apesta?

DON JOSE.—¡Cómo hedor..., si son Astillas de Occidente, de la Casa Migorcia? (*Le pone el pañuelo en las narices.*) ¡Fíjate!

DON ORENCIO.—¡Ah, qué asco! (*Se lo tira.*) ¡Y a ti te parece bien esta ignominia?

DON JOSE.—Hombre, no creo que añadir al aseo personal una fragancia grata sea ningún pecado.

DON ORENCIO.—(*Le coge del faldón de la americana y de los tirones le hace vacilar.*) ¿Y qué me dices?...

DON JOSE.—Oye, no tires, que deformas.

DON ORENCIO.—¡Y qué me dices de este traje a cuadros?... ¡Tú con un traje a cuadros!... ¡De moda! ¡Y entallao!... ¡Qué abominación!... ¡Qué vergüenza!

DON JOSE.—Oye, ¿pero es que me estaban a mí prohibidos los cuadros?

DON ORENCIO.—(*Abrazándole, deshecho en lágrimas.*) ¡Ah, Pepe; déjame llorar sobre estas galas, vilipendio de tu seriedad y de tu decoro! (*Se limpia los ojos con la corbata.*)

DON JOSE.—Oye, tú..., no te limpies las lágrimas con mi corbata, que la acabo de estrenar.

DON ORENCIO.—¡Estoy muy afligido!

DON JOSE.—¡Bueno, pues llórale a Neptuno, que no le deterioras la indumentaria!

DON ORENCIO.—¡Sí, Pepe, sí, porque es que te veo con estos lujos y estos afeites rebozao de pecado, como para que te coja Satanás y te fría en la más hirviente de sus calderas! ¡Y yo no quiero, no quiero!... ¡A ti no hay quien te fría! (*Le abraza.*)

DON JOSE.—¡Pero no te apures así, que yo creo que para freír no estoy!...

TRANSITO.—(*A Crisanto, dando un grito.*) ¡Y tú...!

CRISANTO.—(*Dando un bote.*) ¡Caray, qué susto!

TRANSITO.—¡Que pareces el anuncio del Caldo Maggi!...

CRISANTO.—¿Yo?

TRANSITO.—¡A qué hueles, maldito de cocer? ¡A qué hueles, di?

CRISANTO.—Pues a Violetas de Parma..., de Parma de Mallorca, que es un perfume nuevo de la Casa Cutiki...

TRANSITO.—¡Cutiki?... ¡Anda a orearte, canalla, que un hombre como tú no puede oler más que a cacao!

CRISANTO.—¡Madre!

TRANSITO.—¡A cacao!... (*Quitándole violentamente lo que enumera.*) ¡Y fuera ese cinturón!...

CRISANTO.—(*Tratando de defenderse.*) ¡Pero madre!

TRANSITO.—¡Y fuera ese cuello!

CRISANTO.—¡Madre, por Dios!

TRANSITO.—¡Y córtate esos pelos!...

CRISANTO.—¡Que me desmocha usté!

TRANSITO.—¡Y desde mañana te peinas con los dedos!... ¡Y te despintas las uñas..., que como yo te las vea limpias!...

CRISANTO.—¡Por Dios, madre!

TRANSITO.—¡Nada de madre! ¡Yo no soy madre de un titirimundi apestoso!

CRISANTO.—¡Vamos, que tié usté un valor!... ¡Descoserme el frunce!...

DON ORENCIO.—¡Y ha hecho muy bien!... ¡Que tú, lo mismo que tu principal, estáis en un camino de condenación y de muerte del que hay que salvaros!...

DON JOSE.—¡Hombre, yo...!

DON ORENCIO.—Sí, Pepe, sí... Bueno estaba que recogieras en tu casa a dos mujeres para librarlas de un peligro inminente; ¡pero retenerlas con pretextos diversos, creándote una situación irregular y vergonzosa, eso no!

DON JOSE.—Perdóname... Yo las retengo porque creo, honradamente...

DON ORENCIO.—Honradamente, no.

DON JOSE.—Creo, honradamente, que si abandonan esta casa el peligro subsiste para ellas.

DON ORENCIO.—Nada, nada. ¡Temores ridículos, creados por tu fantasía, para justificar anhelos inconfesables!

TRANSITO.—¡Que le tienen embaucao!...

DON ORENCIO.—¡Y eso no puede ser!... ¡Y no será mientras yo viva! ¡Piensa, Pepe, que estás a punto de perder la castidad, gloria de tu vida, y eso yo no lo consiento! ¡Conque antes de la hora de comer que estén esas dos mujeres en la calle!

DON JOSE.—¡Hombre, eso!...

TRANSITO.—¡Estarán! (*Con los dedos engarfiados.*) ¡Antes de la una, las dos en la calle!

DON JOSE.—¡Y el peligro de sus vidas?

DON ORENCIO.—¡Y el peligro de tu alma? ¡Antes de la una, las dos en la calle!

TRANSITO.—¡Antes de la una, las dos!

DON JOSE.—Pero...

DON ORENCIO.—¡O te salvo, o perezco!... ¡Conque ya lo sabes!...

DON JOSE.—Sí; antes de la una, las dos.

DON ORENCIO. } ¡Las dos!... ¡Las dos! (*Hacen mutis primera*
TRANSITO. } *izquierda, repitiendo esto.*)

ESCENA IV

DON JOSE y CRISANTO.

CRISANTO.—¡Pero eso de que antes de la una. las dos, no va a ser posible!...

DON JOSE.—Eso me figuro yo; pero, vamos... (*Dolorido.*) ¡Ay, Crisanto, Crisanto! (*Lloroso.*)

CRISANTO.—¿Qué le pasa a usté, don José, pa ese apuro?

DON JOSE.—¡No sé!... Que estoy aterrado, dolorido... (*Llora.*)

CRISANTO.—¡Pero llora usté? (*Con asombro.*)

DON JOSE.—¡Sí, Crisantito, sí!... ¡Lloro..., lloro!... Perdona estas lágrimas, pero...

CRISANTO.—¡Pero qué?... ¡A qué viene el aplanarse de esa forma?...

DON JOSE.—Pues porque una duda terrible atenaza mi conciencia.

CRISANTO.—¿Qué duda?...

DON JOSE.—Que creo que en algo de lo que acaban de decirme tu madre y don Orencio tienen razón. (*Baja la cabeza abatido.*)

CRISANTO.—¡Qué van a tenerla!

DON JOSE.—Sí, Crisantito, sí... ¡La tienen!... ¡Porque voy a confesarte una cosa tremenda, espantosa!

CRISANTO.—(*Con vivo interés.*) ¡Cuála?

DON JOSE.—(*Con verdadera aflicción.*) Tú sabes que yo he sido un hombre..., que no he levantado jamás los ojos del suelo para mirar a una mujer.

CRISANTO.—Sí, señor; lo cual que pa mí es un cúmulo, porque un tío de su edad, con dinero y con una parroquia femenina como la que usté ha tenido, dejarla pasar de brazos cruzaos..., vamos, pa mí ha sido una primada como la Catedral de Toledo, que es la Primada más grande que conozco.

DON JOSE.—Pues bien; hoy tengo que confesarte que estoy perdido, Crisantito, perdido sin remedio, porque doña Maravillas..., doña Maravillas...

CRISANTO.—¿Qué?

DON JOSE.—(*Le abraza llorando y le estruja en su nerviosidad.*) ¡Que doña Maravillas me ha dislocao, sí, me ha dislocao, Crisanto, me ha dislocao!

CRISANTO.—¡Bueno, caray, pero no se ponga usté nervioso, porque si no, el que me va a dislocar a mí va a ser usté.

DON JOSE.—¡Sí, Crisanto, sí!... Yo, desde que entró esa mujer en mi casa, que siento una cosa que no he sentido nunca.

CRISANTO.—¿Qué siente usté?

DON JOSE.—Pues una cosa inexplicable, que me atormenta, y que yo quisiera que no me atormentara, y sin embargo, no quiero que me deje de atormentar, porque me atormentaría que no me atormentase.

CRISANTO.—¡Caray, qué lío!

DON JOSE.—Y he de confesarte también que en algo de lo que me ha dicho don Orencio tiene razón. Porque yo ya no retengo a esa mujer en casa por el peligro del hermano, ¡no!

CRISANTO.—(*Asombrado.*). ¿No?

DON JOSE.—No, porque ayer pasé por el bar y le vi comiendo gambas, y un hombre que come gambas ha perdido toda su virulencia.

CRISANTO.—Según, porque los mariscos...

DON JOSE.—¡No!... Sé que hago mal, y lo hago. Sé que como persona me desacredito; sé que como comerciante la parroquia se me aleja... ¡Y lo peor es que no me importa!... Sé que me puede pasar algo horrendo que hunda mi vida en la abyección y mi alma en el Infierno. ¡y no, no me importa!... ¡Ya me da lo mismo que me lleven al Infierno que al cabaret de Casablanca! ¡Y yo comprendo que para un hombre como yo esto es horrible, horrible! (*Llora con desconsuelo.*)

CRISANTO.—¡Bueno, por Dios, no llore usté de esa forma, don José, que cala!

DON JOSE.—Sí, Crisantito, sí. Yo no soy un hombre inconsciente, no; yo no he perdido el sentido del ridículo; yo sé que ya soy un viejo despreciable, sin disposición ni gracia para estas aventuras, que sólo la juventud disculpa y perdona; pero es que no sé lo que me pasa, que ya no puedo, Crisantito, no puedo vivir sin ella..., ¡no puedo!... ¡No puedo!... (*Le abraza llorando.*)

CRISANTO.—Pues si no puede usté vivir sin ella, no la deje usté ir, ¡qué demonio!

DON JOSE.—¿Crees tú?

CRISANTO.—Naturalmente. Después de too, la vida en una fugacidá.

DON JOSE.—¿Una fugacidá?

CRISANTO.—Sí, señor. Si un día pasa una cosa, rolliza, cariñosa y amable, por nuestro lao, y además no nos cuesta nada,

pues no merece nuestro menosprecio... ¡Porque menos precio que no costarnos nada, verdá?... ¡Pues duro con ella!

DON JOSE.—¡Calla!... ¡Calla, por Dios, no!... ¡Duro, no!... ¡No me tientes!... ¡No me tientes, Crisanto!...

CRISANTO.—¡Sí, señor..., duro con ella, que tié un bocao!...

DON JOSE.—¡Muchos, muchos..., muchos apuros he pasao en la vida, pero como éste!...

CRISANTO.—¡Duro con ella! ¡Se lo dice a usté un experto!

DON JOSE.—¡Y no crees tú, no crees tú que iré al Infierno, como augura don Orencio?

CRISANTO.—¡Hombre, yo no conozco a Satanás personalmente, pero tonto no creo yo que sea!

DON JOSE.—¡Ay, cómo me consuelan tus palabras!...

CRISANTO.—¡Que uno está orientao!... Créame usté.

DON JOSE.—(*Ya sonriente.*) ¡Y tú ven aquí, granuja!... ¡Porque tú eres un granuja!

CRISANTO.—¿Yo?

DON JOSE.—¡Sí, porque he observao que también te gusta la chica!

CRISANTO.—¡Quia, no, señor!... ¡A mí no!...

DON JOSE.—¡Vamos, no seas hipócrita!

CRISANTO.—A mí no..., a mí no es que me disguste; pero, vamos, gustarme, gustarme, no, señor, que sí me gusta; digo, sí, señor, que no me gusta.

DON JOSE.—¡Entonces por qué desde que han venido te acicalas, y cargas en el Omega, y vas de guapo que pareces miss Mostrador?

CRISANTO.—Hombre, porque cuando hay personas de cumplido en un domicilio, el perifolleo es de ene.

DON JOSE.—No, no es sólo por eso el perifolleo; es que como tú estás orientao, y la vida es una fugacidá...

CRISANTO.—Natural. El amor es la única tontería seria de la existencia, don José; y el que no se regodea con sus delicias es un primo alumbrao..., pero con ochenta mil voltios. Crea usté a un perito.

DON JOSE.—¡Entonces, tú opinas que eso de que antes de la una, las dos?...

CRISANTO.—¡P'al minino!

DON JOSE.—¡Y que no debo dejarlas marchar?...

CRISANTO.—¡Ni hecho papilla!

DON JOSE.—¡Y si don Orencio vuelve, insiste y se pone pesao?...

CRISANTO.—Yo no le aconsejo a usté la violencia; pero con un directo a la barbilla es con lo que mejor se demuestra la disconformidad...

DON JOSE.—¡Tienes razón! ¡Me abruma la conciencia, me pesa este traje, pero me llega la alegría hasta el corazón!... ¡No, no las dejo ir!... (*Mirando hacia la izquierda.*) ¡Pero caca..., caca..., cara!...

CRISASTO.—¡Qué le pasa a usté?

DON JOSE.—Que mí... mí..., míralas... Doña Mama..., doña Mama... Maravillas, y Glo... Glo..., Glo... Glo...

CRISANTO.—¡Por Dios, que van a creer que está usté amarrao a un botijo!

DON JOSE.—¡Ya estoy perdido!... Mira qué emo..., emoción, qué temblor y qué...

CRISANTO.—Se... se..., se... se..., seserenidá. (*Emocionados los dos.*)

ESCENA V

DON JOSE, CRISANTO, DOÑA MARAVILLAS y GLORIA.

(*Salen por la izquierda. La primera con un paquete, un maletín y un abrigo al brazo; la segunda, con un paquete grande, una jaula con un canario y otro abrigo. Salen muy compungidas.*)

MARAVILLAS.—¡Don José! (*Dándole la mano.*)

GLORIA.—¡Mi querido protector! (*Idem.*)

MARAVILLAS.—¡Crisantito! (*Idem.*)

GLORIA.—¡Crisanto! (*Idem.*)

DON JOSE.—¡Pero cómo ustedes, tan temprano y con esa emoción?...

CRISANTO.—¡Y con esos líos?...

MARAVILLAS.—Es que ha llegado para nosotras el momento doloroso.

DON JOSE.—¡El momento doloroso de qué?

MARAVILLAS.—¡De irnos para siempre de esta casa!

DON JOSE.—¡Jesús!... ¡Cómo?... ¡Qué?... ¡Qué dice usté de irse?

CRISANTO.—¡Marcharse?... ¡Con esa fiera al acecho!... ¡De ninguna manera!

DON JOSE.—¡Claro que no! Yo no puedo, humanamente, exponer a ustedes a un riesgo de muerte... ¡De ningún modo! ¡Ustedes no salen de mi casa!... ¿Verdad que no deben salir, Crisanto?

CRISANTO.—No, señor, no deben salir de ninguna manera.

GLORIA.—Es que nuestra permanencia en esta casa va tomando para nosotras un aspecto peligroso, don José.

MARAVILLAS.—¡Y nosotras somos dos mujeres honradas!

DON JOSE.—¡Quién lo duda; pero irse, no, no!...

MARAVILLAS.—Sea usté razonable y compréndalo. Hasta las personas que le rodean ven nuestra estancia aquí con verdadero rencor. ¡Don Orencio no nos saluda!

DON JOSE.—¡Don Orencio es un mochuelo mal educado, al que daré su merecido!

GLORIA.—¡Sí, sí, es preciso irse! ¡Ya ve usté, ayer doña Tránsito me pegó!

DON JOSE.—¡A usté?

GLORIA.—Me pegó un botón de la manga, y al ir a quebrar la hebra con los dientes me tiró disimuladamente un mordisco en el brazo que si no le aprieto las narices se queda con la tajada.

DON JOSE.—¡Miserable!

CRISANTO.—¡Si es de presa!... ¡Ya se lo he dicho a usté!

DON JOSE.—¡Pero qué importa esto?... ¡Ah, no, yo no puedo consentir que por estas ridículas miserias se vean en la calle dos mujeres desvalidas!... ¡Ah, no, no!... (*Le traslada todo a Crisanto.*) ¡Dos mujeres desamparadas!... ¡Ah, no, no!... ¿No lo crees así, Crisanto?

CRISANTO.—¡No sólo lo creo así, sino que no es posible que se vayan!... ¡Encima de todo esto, tener que cargar con el remordimiento si les pasara algo!...

GLORIA.—¡Pero quién lo va a sentir más que nosotras?...

MARAVILLAS.—¡Nosotras, que hemos recibido aquí las más delicadas atenciones!

DON JOSE.—¡Entonces?...

GLORIA.—¡Cómo olvidar yo a Crisanto, que ha sido para mí un hermano?... ¡Cómo olvidar yo el regalo de este flauta, que conservaré siempre?... ¡Cómo olvidar el regalo de las onzas de chocolate P. Ch. L. D.?...

CRISANTO.—¡Glo..., Glo..., Gloria!... ¿Qué dice usté?... ¡Pero es que siente usté una chispa de simpatía siquiera por este furgón de cola?...

GLORIA.—¡No, no quiero, no puedo ser más explícita!... ¡Vámonos, tía! (*Le quita lo suyo.*)

MARAVILLAS.—¡Sí, vámonos, Gloria!... (*Le quita lo suyo.*)

DON JOSE.—¡No, ustedes no salen de mi casa!... ¡Mi sobrino las abandonó, yo las recojo, y que diga el mundo lo que quiera!...

MARAVILLAS.—¡Don José, déjeme marchar!... No quiero quedarme.

DON JOSE.—¡Pues...?

MARAVILLAS.—¡Mi permanencia al lado de usté, para mí es un peligro.

DON JOSE.—¡Maravillas!

MARAVILLAS.—¿Hace falta que le diga más?...

DON JOSE.—¡Ah, pues ahora menos!... ¡No, no se van ustedes!... (*Quita el abrigo a Gloria.*)

CRISANTO.—No, no se van, ¡pase lo que pase!... ¡No se van, no, Gloria, no..., no se van ustedes!... (*Carga a don José como don José le cargó a él antes. Y se van, luchando ellas por irse y ellos por retenerlas. Don José quiere abrazar a Maravillas, y no puede por la jaula. A Crisanto.*)

DON JOSE.—¡Cógeme el flauta, que me quita la acción!

CRISANTO.—¡Es que si se lo cojo a usté, me la quitaría a mí! (*Vanse por la segunda izquierda.*)

ESCENA VI

DOÑA TRANSITO y DON ORENCIO.

(*Salen indignados primera izquierda.*)

TRANSITO.—¡Lo ve usté?... ¡Lo oye usté?

DON ORENCIO.—¡Bribonas!... (*Imitándolas.*) Tanto que dame el abrigo, que toma el abrigo..., que vaya el abrigo...

TRANSITO.—¡Buena falta les hace el abrigo, con lo frescas que son!

DON ORENCIO.—¡Gandulas!... ¡Miserables!...

TRANSITO.—¡Los tienen embaucaos!... ¡No las echan; no se atreven!... ¡Y se nos llevarán lo nuestro!... ¡Lo nuestro!

DON ORENCIO.—¡Lo nuestro, no!... ¡Eso sí que no!... ¡Usté me verá a mí despedazao, granulao, pulverizao, pero despojao de una cosa que, aunque no es mía, puede ser mía?... ¡No, eso sí que no!

TRANSITO.—¡Es que don José es un badanas, y mi hijo un memo inocente, que están jugando con ellos!

DON ORENCIO.—Pero nosotros no somos fáciles de vencer. Y yo le juro que antes de transigir, todo este chocolate se lo van a tomar en el Infierno, porque hundo a este necio, lo arruino, lo aniquilo... Ya le he quitado la mitad de la parroquia...

TRANSITO.—¡Ah, pero ha sido usté?...

DON ORENCIO.—¡Chitsss!... ¡Silencio!... ¡Sí; he sido yo!... ¡Y si no le enderezo por el camino de mi conveniencia, le quitaré la otra mitad!

TRANSITO.—¡Bien hecho!

DON ORENCIO.—Y a ellas...

TRANSITO.—¡A ellas, déjemelas a mí!... ¡Yo las araño, las arrastro, las saco los ojos!...

DON ORENCIO.—¡Ah, si yo cogiera al bandido de niño ese, que tiene la culpa de todo!...

TRANSITO.—¡Ese malvao fué el que nos metió los demonios en casa! ¡Hipócrita, miserable, canalla!

DON ORENCIO.—¡Bandido! ¡Granuja! ¡Ladrón!

ESCENA VII

DICHOS y PAQUITO, que aparece por el foro.

PAQUITO.—¡Alabado sea Dios!... ¡Porque, lo que es yo, veo que!...

LOS DOS.—¡¡El!!

PAQUITO.—(*Con voz sorda.*) Para servir a ustedes.

DON ORENCIO.—¡Tú?...

PAQUITO.—¡Yo!

TRANSITO.—(*Increpándole.*) ¡Cana...!

DON ORENCIO.—¡Bandi...!

PAQUITO.—¡Chitss!... ¡Silencio! Primero oír, luego increpar.

DON ORENCIO.—¡Pero de dónde sales?

PAQUITO.—Del misterio, de la sombra, de lo irrevelable.

TRANSITO.—¡Pero desaparecer hace ocho días, dejándonos confiados en que si ibas a renunciar en favor de mi hijo, que si a casa del notario, que si el papelito...!

PAQUITO.—Y aquí lo tengo. (*Lo saca.*) Lo primero que he traído. Porque lo que yo dije, dicho está, y sostenido hasta la muerte.

DON ORENCIO.—¡Pero no era un engaño?...

PAQUITO.—(*En tono bronco y trágico.*) ¿Cómo engaño?... ¡Qué más prenda de mi veracidad que venir yo mismo a responder de ella con mi vida?...

TRANSITO.—¡Entonces, sigues en...?

PAQUITO.—Sigo en lo que les ofrecí; y si no lo cumplo, me asesinan. Yo les autorizo.

TRANSITO.—Venga la autorización.

DON ORENCIO.—¡Silencio! A mí, con que me autorice de palabra me basta. Pero dime, ¿dónde has estao?

PAQUITO.—(*Los puntos suspensivos indican que les habla al oído.*) Pues tuve que irme, requerido por... (*Oído de don Orencio.*)

DON ORENCIO.—¡Caray!

PAQUITO.—Para introducir... (*Idem Tránsito.*)

TRANSITO.—(*Con alegría.*) ¿Sí?

PAQUITO.—Porque convenía que...

DON ORENCIO.—(*Muy alegre.*) ¡Y habéis pasao?

PAQUITO.—¡Ochenta mil folletos! ¡Lo que yo he sufrido!

TRANSITO.—¡Pobrecito!

PAQUITO.—¡Náufrago en el mar!... (*Acción de nadar.*) ¡Errante en la montaña!... Vagabundo en los poblados...

DON ORENCIO.—¿Y al fin?...

PAQUITO.—En dos jergones llenos de literatura subversiva. ¡Cómo iba yo a marcharme sin un motivo de esta naturaleza, dejándome aquí, como me dejaba, a la mujer que adoro!... A un pedazo de mi alma, que...

DON ORENCIO.—Oye, Paquito...

PAQUITO.—¿Qué?

DON ORENCIO.—¡Que si pudieras vivir sin el pedazo ese!...

PAQUITO.—¿Eh?

TRANSITO.—¡Hay quien vive sin una pierna!...

PAQUITO.—¡Ah, pero qué quieren decir ustedes?

DON ORENCIO.—No, nada; pero vamos...

PAQUITO.—¿Qué trágica significación encierran esas palabras?... ¡Pronto!... ¡Hablemos claro, que la inquietud me tortura!

TRANSITO.—Pues nada, que Gloria y su tía...

PAQUITO.—¡Se habrán ido ya?

DON ORENCIO.—¡Ja, ja!

PAQUITO.—¿Eh?

TRANSITO.—¡Ja, ja!... ¿Irse?...

DON ORENCIO.—(*Con resolución.*) Aquí las tienes todavía.

PAQUITO.—¡Pero?...

TRANSITO.—Instaladas por tu tío en el entresuelo.

PAQUITO.—¡Pero cómo?

DON ORENCIO.—Admirablemente... ¡A todo lujo! ¡Con muebles tubulares, nada menos!

TRANSITO.—Con muebles de esos que coges una silla y parece que te sientas en la cañería del gas.

PAQUITO.—(*Cogiendo a ambos de las manos.*) ¿Entonces, es que mi tío?...

DON ORENCIO.—¡Asómbrate! ¡Está loco por doña Maravillas!

PAQUITO.—¡Cielos! ¿Qué dicen ustedes? ¿Pero qué canallada es ésta? ¡Pronto! ¿Qué es de Gloria? ¡Gloria me seguirá fiel?

TRANSITO.—¿Gloria?... ¿Tú has oído *la dona es móvile?*

PAQUITO.—Yo, no, señora.

TRANSITO.—Pues cómprate una radio, que lo ponen mucho... Y a ver si a fuerza de oírla..., te consuela y te...

PAQUITO.—¡Ah, entonces es que me ha traicionado?...

DON ORENCIO.—No; pero, vamos...

PAQUITO.—¿Y quién es? ¿Quién ha sido el traidor que me ha robado?...

DON ORENCIO.—Nadie, pero... ¡Olvídala!

PAQUITO.—(*Enloquecido.*) ¡Ah, no, no!... ¡La mataré!... ¡Los mataré!... ¡Ah, sí, sí!... ¡Ella, a quien yo adoraba!... (*Los zarandea sin soltarles las manos.*) ¡Burlar mi amor! ¡Pisotear mi corazón!

DON ORENCIO.—¡Oye, tú...! ¡Cálmate!

PAQUITO.—¡Ah, sí, sí!... Estoy resuelto. Lo primero es obligar a mi tío a que las ponga en la calle inmediatamente.

LOS DOS.—¡Inmediatamente!

DON ORENCIO.—Y para eso, tú, que las has traído.

PAQUITO.—Yo, sí, yo... ¡Abordemos la situación cara a cara y pecho a pecho..., frente a frente..., vis a vis! ¡Tet a tet!

DON ORENCIO.—¡Tet a tet!... ¡Eso es!... (*Aparte a Tránsito.*) (¡Este nos las echa!)

TRANSITO.—¡Ojalá!

PAQUITO.—(*Gritando.*) ¡Tío!... ¡Tío!... ¡Canallas! ¡Traidores! ¡Con lo que yo la quería! ¡Miserables! ¡Tío!... ¡¡Tío!!...

ESCENA VIII

DICHOS y DON JOSE, segunda izquierda.

DON JOSE.—¿Qué pasa aquí? ¿Qué gritos son éstos?

PAQUITO.—(*Toda la escena en tono heroico.*) ¡Tío!...

DON JOSE.—¡Hombre!... ¿Tú?... ¡Ya es hora!

PAQUITO.—¡Sí, ya es hora! ¡Usté lo ha dicho! ¡La hora de la justicia implacable!

DON JOSE.—¡Caramba! ¿Y de dónde sales tan heroico?

PAQUITO.—De cumplir con un deber de mi conciencia ciudadana, del cual estos señores, de ideología similar, testificarán cumplidamente.

DON JOSE.—Oye, cursilerías, no. Una explicación racional y sencillita, basta. ¿De dónde vienes?

PAQUITO.—¡De donde vengo, vengo; de donde vengo, no interesa! ¡A lo que vengo, sí!

DON JOSE.—Oye, ¿pero has hecho amistad con Borrás?

PAQUITO.—Tío, euforias, no.

DON JOSE.—Bueno, en resumen, ¿a qué vienes?

PAQUITO.—Va usté a saberlo. Tío, yo traje a esta casa dos mujeres, guiado de un sentimiento piadoso, para librarlas de una agresión brutal, y sólo por unas horas; pero no las traje para que se apoderaran, por medios ilícitos...

DON JOSE.—¿Qué dices?

LOS TRES.—¡Ilícitos!

PAQUITO.—De un hogar honrado, convirtiéndolo en algo que la decencia no me permite calificar.

DON ORENCIO.—¡Fonográfico!

DON JOSE.—¡Pero qué dices, canalla?... ¡Cuando has sido tú el que las ha traído!

PAQUITO.—Sí, yo las he traído; pero no las traje para que usté las retuviera con propósitos indignos; que lo que en mí fué una acción generosa, en usté es una canallada vil!

DON JOSE.—¿Vil?...

DON ORENCIO.—(*Aparte a Tránsito.*) (¡Se pegan, se pegan!)

PAQUITO.—No hay disculpa, tío; y la prueba es que usté, por darlas albergue vergonzoso y cobijo ilegal, prefiere hasta perder la amistad fraterna de este hombre santo.

DON ORENCIO.—Sí, señor.

PAQUITO.—¡Y hasta quiere usté alejar de su casa a una mujer santa que al servicio de usté sacrificó su juventud y su vida!... ¡Y estos afectos, tío, son afectos carísimos, que debía usté poner por encima de su cabeza.

DON ORENCIO.—¡Ahí le duele!

DON JOSE.—¡Ahí no le duele, pero le va a doler, del estacazo que voy a darle!

DON ORENCIO.—(*Con alegría.*) (¡Se pegan!... ¡Se pegan!...)

PAQUITO.—¡A mí puede usté maltratarme, apalearme, si quiere; pero no me hará retroceder en el camino de la justicia y de la verdad! ¡Conque, tío, esas dos mujeres, a la calle inmediatamente!... ¡Y estas dos personas, ahí, al lado de usté, para siempre! (*Las empuja.*)

DON JOSE.—(*Rechazándoles.*) ¡Fuera!

DON ORENCIO.—¡Oye, no empujes, que estás muy excitao!

DON JOSE.—¡Y calla, Paquito, calla, porque me estás ofendiendo, cuando no hay en mi conducta nada reprochable!

PAQUITO.—¡Pero cree usté que si no hubiera en su conducta nada reprochable, un caballero cristiano como éste iría diciendo, como va diciendo, por todo Madrid que no le compren a usted el

chocolate, porque encima de que es cacahué es usté un chulo asqueroso que ha metido en su casa a dos mujerotas?

DON ORENCIO.—Oye, tú, que yo no he dicho semejante cosa.

DON JOSE.—¡Ah, bandido! ¡Pero eres tú el que me quita la parroquia y la honra?

DON ORENCIO.—¡No, por Dios, no lo creas! ¡Que yo no he dicho eso!

PAQUITO.—Sí, pero lo ha dicho para salvarle a usté de la condenación eterna! ¡Conque no hay disculpa, tío! A la calle esas dos mujeres. Y estas dos personas cristianas y nobles, para siempre al lado de usté. (*Los vuelve a empujar.*)

DON JOSE.—(*Rechazándolos violentamente.*) ¡Fuera de aquí! ¡Fuera los dos! ¡A la calle inmediatamente!

PAQUITO.—¡Es que si se van ellos, me iré yo!

DON JOSE.—¡Pues a la calle los tres!

DON ORENCIO.—Sí, nos vamos; ¡pero no será sin proclamar que eres un hombre inmundo!

PAQUITO.—¡Un tío sin entrañas!

TRANSITO.—¡Un mujeriego, asqueroso y pervertido!

DON JOSE.—¡No gritar!

DON ORENCIO.—¡Las infamias de los hipócritas tienen que proclamarse a gritos!

DON JOSE.—(*Fuera de sí.*) ¡Calla o te degüello!

DON ORENCIO.—¡Prueba!

DON JOSE.—(*Va frenético y dándole pescozones.*) ¡Toma, miserable!...

DON ORENCIO.—¡Cobarde!... ¡Me ha pescozoneado!

PAQUITO.—¡Oh, qué infamia! ¡Darle en el pescuezo!... ¡Por qué no le da usté en la cara?

DON JOSE.—¡En la cara también! ¡Toma! (*Le abofetea.*)

DON ORENCIO.—¡Pues yo no me aguanto! (*Le pega.*)

DON JOSE.—¿Te revuelves?... ¡Pues veremos quién puede más! (*Se pegan.*)

TRANSITO.—¡Socorro, que se matan!

PAQUITO.—¡Ay, no pegarse! ¡No pegarse, que me amedrento!...

DON ORENCIO.—¡Me ha hinchado un ojo!

PAQUITO.—¡Tío, el otro!... ¡El otro, no!... ¡Y dele usté a esta señora...!

TRANSITO.—¡A mí no, por Dios!

PAQUITO.—¡ ... palabra de respetarla!

DON JOSE.—¡Fuera los tres! ¡Miserables! ¡Explotadores! ¡Fuera de aquí!

PAQUITO.—¡Tío, nos vamos, pero será para siempre! (Ya tengo dos en la calle... Volveré por el otro.)

DON ORENCIO.—¡Mi venganza será espantosa!

TRANSITO.—¡Y la mía!

DON JOSE.—¡Fuera de mi casa!... ¡Fuera! (*Vanse por el foro gritando.*)

ESCENA IX

DON JOSE y MARAVILLAS.

DON JOSE.—¡Dios mío, tengo una angustia y un temblor!... ¡Miserables!... ¡Me ha arañado esa arpía!

MARAVILLAS.—(*Saliendo por segunda izquierda.*) ¡Don José!... ¡Pero qué pasa?... ¡Qué ha sido?... ¿Usté en ese estado?... ¡Tembloroso!... ¡Lívido!...

DON JOSE.—Sí, pero nada..., nada, no se asuste usté... ¡Un altercadillo!...

MARAVILLAS.—Nosotros oíamos voces, pero no sabíamos... ¿Y qué ha sido?... ¡Diga usté, por Dios!... ¿Qué ha sido?...

DON JOSE.—¡Nada, unas palabritas y..., unos golpecitos..., pero nada!... ¡Ahora, que tengo un trastorno, Maravillas, que voy a caerme!

MARAVILLAS.—¡Ah, no, no, apóyese usté! (*Se apoya en ella, abrazándola.*)

DON JOSE.—¡Ay, qué gusto!... ¡Digo, ay, qué disgusto! (*Se agarra más.*) ¡Qué disgusto!

MARAVILLAS.—¡Pero cójase de aquí nada más!

DON JOSE.—¡Es que se me va todo!

MARAVILLAS.—No, no es que se le va todo, es que me lo llevo yo..., porque como usté está trastornao, no calcula lo que abarca... Y dígame, don José, ¿con quién ha sido el disgusto?

DON JOSE.—¡Pues con esos bandidos!

MARAVILLAS.—¿Con don Orencio y doña Tránsito?

DON JOSE.—Sí, y con mi sobrino.

MARAVILLAS.—¡Ah, pero pareció Paquito?

DON JOSE.—¡Pareció!... ¡Y cómo!... Agresivo, cínico...

MARAVILLAS.—¡Y el disgusto, quizá, habrá sido por nosotras?

DON JOSE.—No, no...

MARAVILLAS.—¡Sí, sí..., no lo niegue usté!... ¡Ah, don José, nosotras nos vamos; no debemos perturbar por más tiempo su vida! (*Llamando.*) ¡Gloria! ¡Gloria!

DON JOSE.—No, Maravillas, no; ustedes no se van de mi casa; y ahora, menos que nunca.

MARAVILLAS.—¡Pero por qué?

DON JOSE.—Porque creerían que cedo a una coacción repugnante.

MARAVILLAS.—Déjenos ir, don José; yo se lo ruego.

DON JOSE.—(*Implorante.*) Además, no me dejen ustedes en esta situación. ¡Los he echado a todos!... ¡Y estoy tan solo!... Y con un abatimiento y una... (*Llora.*)

MARAVILLAS.—¡No, no llore usté, por Dios!... ¡Usté, un hombre tan bueno!... ¡Aquí tiene una lágrima!... (*Se la enjuga con su pañuelo.*)

DON JOSE.—(*Señalándole el otro ojo.*) ¡Y aquí otra, fíjese!

MARAVILLAS.—¡Parece mentira, miserables!... ¡Insultar a un santo como este!... Siéntese. (*Le ayuda.*) Tome unas gotitas de azahar. (*Se las pone en un vaso de agua.*) Yo llevo siempre en un frasquito... Beba.

DON JOSE.—Si es que tengo un temblor... ¿La salpico?...

MARAVILLAS.—Sí, pero no importa. Yo le sujetaré los dedos. (*Lo hace.*)

DON JOSE.—Gracias, gracias... (*Va beber.*)

MARAVILLAS.—Por ahí no, que es mi mano.

DON JOSE.—¡Ay, perdón! ¡Es que no sé ni lo que me bebo!

MARAVILLAS.—Pues tranquilícese y piense, don José, que aunque usté no quiera, debemos irnos; que nuestra situación en esta casa es equívoca, y a usté le perturba y a nosotros no nos favorece.

DON JOSE.—Sí, Maravillas, lo reconozco; pero piense usté también—y no sabe cuán emocionado le digo esto—que no hay situación que no pueda perder su equívoco.

MARAVILLAS.—¡Ay, don José, qué quiere usté decir con eso

DON JOSE.—Quiero decirla, Maravillas, que yo..., desde que la..., no sé si habrá usté notao que le..., pero... Bueno, que no me sale, porque cuando me veo delante de usté, una sincera emoción me sobrecoge y me... ¡Como soy..., como soy novato!...

MARAVILLAS.—Pues no le sobrecoja nada, don José. ¡Está usté autorizao para decirme todo lo que quiera!... ¡Todo!...

DON JOSE.—¿Todo?

MARAVILLAS.—Todo. De algún modo he de pagarle su afecto.

DON JOSE.—Bien... Entonces..., acérquese, Maravillas. Me da vergüenza en voz alta.

MARAVILLAS.—Pues dígamelo bajito. (*Con mimo.*) Así es más cariñoso y más confidencial.

DON JOSE.—Arrímeme la orejita.

MARAVILLAS.—(*Acercándose.*) Diga.

DON JOSE.—¡Pero no tanto, porque esos pelitos me hacen unas cosquillas, que...! (*Riendo.*)

MARAVILLAS.—Hable.

DON JOSE.—¿Maravillas, usté no ha notao que yo ya no soy yo?

MARAVILLAS.—(*Con ingenuidad.*) No.

DON JOSE.—Usté no ha notao el cambio de mi indumentaria, el perfume de este pañuelo?...

MARAVILLAS.—Astillas de Occidente.

DON JOSE.—¿No había usté notao las Astillas?

MARAVILLAS.—No.

DON JOSE.—Pues todo esto, Maravillas, tan ajeno a mis habituales costumbres, quiere decir...

MARAVILLAS.—¿Qué?

DON JOSE.—Que el hombre que no había querido nunca, ¡quiere al fin!... Sí, Maravillas, te quiero con locura, con pasión, con idolatría. Y esta pasión devoradora, este amor llameante, esta locura...

MARAVILLAS.—¡Jesús! (*Baja la cabeza con rubor.*)

DON JOSE.—¡Sí, sí, sí! Esta locura, este ansia, esta embriaguez...

MARAVILLAS.—No siga usté. (*Le tapa la boca.*) ¡No, por Dios! ¡No siga usté, no siga!

DON JOSE.—¿Por qué?

MARAVILLAS.—Porque... ya lo sabía. (*Baja la cabeza ruborizada.*)

DON JOSE.—(*Frenético de alegría.*) ¡Es posible?

MARAVILLAS.—¡Sí, Pepe, sí! Lo había notao todo: traje, corbata, Astillas..., ¡qué digo Astillas, hasta las virutas!... Porque yo... yo...

DON JOSE.—¿Qué?

MARAVILLAS.—Que yo también te quería. (*Vuelve a bajar la cabeza.*)

DON JOSE.—¿De veras?

MARAVILLAS.—Sí, tontín.

DON JOSE.—¡Ay, no! No me digas tontín, porque entonces voy a decirte yo una cosa que vengo elaborando hace ocho días en el secreto de mi corazón.

MARAVILLAS.—¿Qué es?

DON JOSE.—Y en el silencio de mis noches...

MARAVILLAS.—¡Ay, de tus noches!... ¡Dímela!...

DON JOSE.—No me atrevo. Es tan sensual...

MARAVILLAS.—No importa. Anda...

DON JOSE.—¿Te la digo, resalada?

MARAVILLAS.—Sí.

DON JOSE.—Pues acércate mucho... (*Lo hace Maravillas.*)

MARAVILLAS.—¿Qué es?

DON JOSE.—(*Al oído y con toda la pasión.*) ¡¡Morronga!!

MARAVILLAS.—¡Ay, chato, cómo sabes que te quiero!

DON JOSE.—¿Mucho?

MARAVILLAS.—Mucho.

DON JOSE.—¿Hasta dónde?

MARAVILLAS.—Hasta la estratoesfera.

DON JOSE.—Pues dame un beso.

MARAVILLAS.—¡Los besos no se piden, se toman!

DON JOSE.—Pues toma, toma, toma, toma... (*Se ciega besándola.*)

MARAVILLAS.—¡Ay, loco! ¡No, loco!... ¡Por Dios, loco!... ¡Sí, loco!... (*Aparecen segunda izquierda GLORIA y CRISANTO.*)

GLORIA.—¡Tía!...

CRISANTO.—¡Don José!

MARAVILLAS.—¡Ay, qué vergüenza! (*Vase segunda izquierda.*)

DON JOSE.—¡Nos han visto! (*Vase foro.*)

ESCENA X

GLORIA y CRISANTO.

GLORIA.—¡Pero..., pero ha visto usté?

CRISANTO.—¡Dios mío, qué chasquidos!... ¡Pero este don José!... ¡Cómo me ha chasqueado!...

GLORIA.—¡Oiga usté, que a la que ha chasqueado ha sido a mi tía! ¡Pero los besos han sido uno o dos?

CRISANTO.—Yo he oído siete u ocho; no sé si habrá sido el eco.

GLORIA.—Bueno, y esto es que se quieren.

CRISANTO.—¡O por lo menos que están ensayando!

GLORIA.—¡Lo ve usté?... ¡Todas tienen más suerte que yo!... ¡Yo, que cuando quiero quiero con locura, cuando amo llego al frenesí!... Y un cariño que tenía... ¡Cómo me lo han pagao!... ¡Y verme hoy abandonada y sola!... (*Llora.*)

CRISANTO.—¡No llore usté, Glorita!

GLORIA.—¡Sí, sí..., déjeme usté llorar! (*Llora silenciosamente.*)

CRISANTO.—(¡Llora, es mi momento! ¡La cojo llorando, la gra-

nulo! ¡Y qué mujer, mi venerable abuela!... ¡Yo me atrevo!... ¡Dios mío, una mirada perforadora y una palabra taladrante, y es mía!... ¡A ella!) (*Con mimo.*) Glorita.

GLORIA.—¡Crisanto!

CRISANTO.—¡Por qué llora usté?

GLORIA.—Por algo muy triste.

CISANTO.—¡Triste, teniéndome a mí en sus aledaños? Levante las niñas y alégrese, que yo seré para usté un parque de recreos; porque aquí, Glorita, hay de todo: montaña rusa, columpios, pim pam pum...

GLORIA.—¡Ay, no; no conseguirá usté distraerme, Crisantito! ¡Mi sino es llorar! ¡Y llorar por un miserable que no lo merece, por un malvao que me ha hecho pedazos el corazón!...

CRISANTO.—¡El corazón a pedazos?... No importa. ¡Démelos usté a mí, que yo soy muy mañoso y se lo voy a recomponer!

GLORIA.—¡Es que son muchos!

CRISANTO.—He hecho puzles de dos mil fragmentos.

GLORIA.—¡Ah, Crisantito, usté es un santo!

CRISANTO.—Un meritorio nada más, Gloria, y con un alma noble, que sólo aspira, en cuestión de mujeres, no a la perversidad usual en la juventud pecaminosa, sino simple y humildemente a femenizar las obras de misericordia...

GLORIA.—¡Feminizarlas?...

CRISANTO.—Sí..., porque yo me dedico a consolar a la triste, a dar de comer a la hambrienta, a desnudar la vesti..., digo vestir a la desnuda, a visitar a la delicada... A las enfermas no me atrevo, soy muy aprensivo.

GLORIA.—¡Y todo eso lo haría usté?...

CRISANTO.—¡Sin aspirar a otro premio que cualquier día esos dos luceros que costelan su frente se dignaran enviar su parpadeo astronómico a este mísero insecto mercantil!... (¡Qué bien estoy de frase!)

GLORIA.—Por Dios. (*Ya sonriente.*)

CRISANTO.—¡Ah, ese día las campanitas de mi corazón tocarían a Gloria; y digo tocarían en el sentido de repique, no en el malévolo.

GLORIA.—¡Y usté no me abandonaría como ese canalla?

CRISANTO.—¡Jamás!

GLORIA.—¿Ni me dejaría por otra?

CRISANTO.—¡Nunca!

GLORIA.—¡Ay, Crisanto!... ¡Si nos hubiésemos encontrado antes!...

CRISANTO.—Nunca es tarde si la...

GLORIA.—¡Sí, sí, ya es tarde!... ¡Demasiado tarde!

CRISANTO.—¿Y no me da usté una esperanza?

GLORIA.—No me atrevo. Sin embargo, llévese usté todas mis simpatías.

CRISANTO.—¿Adónde?

GLORIA.—A un rinconcito de su alma, y guárdemelas.

CRISANTO.—¡Y si me hiciera falta algún día, podría coger un poquirritito así? (*Señala la punta del dedo.*)

GLORIA.—¿A ver?

CRISANTO.—¡Así!

GLORIA.—¿Cómo?

CRISANTO.—¡Así!

GLORIA.—Así...

CRISANTO.—¿Qué?...

GLORIA.—(*Señalando muy poquito.*) ¡Así, sí!

ESCENA XI

DICHOS y PAQUITO.

(*Que irrumpe en la trastienda como una tromba. Trágico.*)

PAQUITO.—¡Ah, miserables!... ¡Traidores!...

CRISANTO.—¡Tú?

GLORIA.—¡Paquito!

PAQUITO.—¡Tú ves así?... (*Señalando como ellos.*) ¡Pues más pequeños van a ser tus pedazos! ¡Bandido!

CRISANTO.—No, espera... ¡Y por Dios, no te pongas así por una cosa tan pequeña!

PAQUITO.—¡Y tú, traidora, habla!

GLORIA.—¡Yo qué voy a hablar, si ya no te amo!...

PAQUITO.—¡Tanto me desprecias!

GLORIA.—No puede pedirse amor a la mujer a quien se abandona.

PAQUITO.—Yo no te abandoné.

GLORIA.—Y lo que tú arrojaste al lado, este hombre lo ha recogido.

CRISANTO.—Yo no lo he recogido; yo es que creí que se te había caído, ¿sabes?...

GLORIA.—No; di la verdá. Tú me has prometido amor, y yo no te he rechazado. ¡Porque te amo, sí!

CRISANTO.—¡No, por Dios!

GLORIA.—Sí. Delante de él te lo digo. ¡Seremos el uno para el otro!

PAQUITO.—¡Pues moriréis los dos!

GLORIA.—Pero moriremos juntos. Ven aquí.

CRISANTO.—No, juntos, no; que yo me voy a mi pueblo.

PAQUITO.—(*Cogiéndole por el cuello.*) ¡Tú mueres aquí!... ¡Bandido, miserable!

CRISANTO.—¡Por Dios, Paquito, no presiones, que asfixias!... ¡Que me ahoga!

GLORIA.—¡Que lo mata! ¡Socorro!... ¡Socorro!

ESCENA XII

DICHOS, MARAVILLAS y DON JOSE.

DON JOSE.—(*Segunda izquierda.*) ¿Qué pasa?

MARAVILLAS.—(*Primera izquierda.*) ¿Qué ocurre?

GLORIA.—¡Que lo mata!

DON JOSE.—¡Pero tú, por qué?...

PAQUITO.—¡Me ha robado el amor de Gloria, y morirá!

GLORIA.—¡No morirá!

MARAVILLAS.—¡Ten calma!

DON JOSE.—¡Fuera de aquí!... ¡Pronto!

PAQUITO.—(*Como enfurecido.*) Sí, ya me voy; pero volveré, y te mataré a traición, como tú me robaste su amor. Mi venganza aterrará a las gentes. Y con esta navaja, ¡mírala!, cuando menos lo esperes, saldré de detrás de un mueble, de debajo de una mesa, de entre unas cortinas, caeré sobre ti, te cogeré por los pelos, y ¡rasss!... (*Acción de degollar.*)

CRISANTO.—¡Aaaah!... ¡A mí, rasss!... ¡No!... ¡No!...

GLORIA.—¡Bandido!

PAQUITO.—¡Calla, traidora! ¡Miserable!

DON JOSE.—¡No la insultes!

PAQUITO.—¡Sí, tío, y..., sépalo usté todo!... ¡La tragedia ha entrado en esta casa con esas dos mujeres!... ¡Porque ésta me ha engañado a mí, pero ésa (*Por Maravillas*) le está engañando a usté!

DON JOSE.—¡Qué dices?

PAQUITO.—Sí, tío, porque esa mujer, ¡sépalo usté todo!... Esa mujer ¡¡es casada!! (*Vase.*)

DON JOSE.—¡¡Ah!!... ¡No!... ¡No es posible!... ¡Di que no, Maravillas! ¡Di que no!

MARAVILLAS.—¡Sí, Pepe, sí! Lo oculté por no destruir tu ilusión...

DON JOSE.—¡Cielos!... ¡Casada!... ¡Tú casada!... ¡Adiós mis ilusiones!... ¡Adiós mi vida!... ¡Adiós mi felicidad!... ¡Ya, para qué este traje? (*Se quita la americana.*) ¡Fuera!... ¡Para qué este chaleco de fantasía!... (*Se lo quita.*) ¡Y la corbata!... ¡Y las Astillas! (*Tira el pañuelo.*) ¡Fuera todo!

MARAVILLAS.—(*Aterrada, a su sobrina.*) ¡Vamos, hija, que se desnuda!

GLORIA.—¡Cómo lo ha tomao este hombre! (*Vanse huyendo.*)

DON JOSE.—¡¡Fuera el pantalón!! ¡Fuera todo! (*Inicia el quitarse el pantalón; Crisanto le detiene, y cae el telón.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CRISANTO y NIÑA.

(*Al levantarse el telón, nadie en la trastienda. A poco sale Crisanto por la segunda izquierda, lívido, ojeroso, con cara de terror y muy demacrado. Sale andando de puntillas y mirando a todos lados. Levanta con mucho miedo una cortina.*)

CRISANTO.—No..., nadie... ¡Ni aquí tampoco! ¡Ni aquí!... ¡Tengo un miedo que me muero!... Desde que me amenazó aquel malvado de Paquito con aquella navaja, diciéndome que de donde menos lo pensase saldría y me cogería y rasss..., que tengo una cosa en la garganta, que ya he tenido anginas dos veces. Aquí, en la tienda, no vivo... Y lo que más me aterra son los sacos. Porque

un saco tiene tres ocultaciones: dentro, detrás y en la agrupación. ¿Estará dentro de algún saco?... ¡Tengo un miedo!... (*Golpea uno.*) ¡Cacao!... Tengo un miedo que estoy... (*Golpea otro.*) Azúcar. Voy a ver por detrás de los sacos. (*Mira.*) No... ¡Nadie!... (*Le cae un saco encima.*) ¡¡Aaaaaah!! ¡Mi madre, qué susto!... ¡M'ha desriñonao!... Bueno, esto no es vida. (*Timbre.*) ¡Repollo!... ¡Han entrao en la tienda!... ¡Miraré por el ventanillo antes de salir! (*Mira.*) ¡¡Mi agüela!!... ¡Que no se ve a nadie!... ¿Qui... qui... qui... quién? (*Pausa.*) ¡Y no contestan!... Pues tien que haber entrao, porque el timbre no sona suelo, digo no suena solo... ¡Bueno, yo me muero!...

NIÑA.—A despachar.

CRISANTO.—(*Mirando por la mirilla.*) Si... es la chica de la señá Isidora, que como apenas llega al mostrador no la veía. (*Alto a la niña, que está dentro.*) Oye, nena.

NIÑA.—¿Qué quie usté?

CRISANTO.—Que crezcas, lo primerito. Y luego que digas qué te se ofrece.

NIÑA.—Que m'ha dicho mi mamá que me dé usté media libra de chocolate del de dos.

CRISANTO.—Pues mira, abre la segunda lata de la derecha del primer cajón del centro, según miramos de frente pa la izquierda, y la coges.

NIÑA.—Es que lo quieren de vainilla.

CRISANTO.—¡Ah, es pa tu papá?

NIÑA.—Sí, señor.

CRISANTO.—Pues entonces abre el cuarto cajón de la izquierda, según miramos pa la puerta, a mano derecha, y si no está en la quinta lata del segundo estante del primer armario del fondo, te marchas, que es que no hay.

NIÑA.—Oiga usté, que yo he venido por chocolate, y eso es una charada.

CRISANTO.—Anda, mujer, si es muy fácil. Busca y verás.

NIÑA.—Aquí está.

CRISANTO.—¿Ves?... ¡Si tú eres muy lista!

NIÑA.—¿Dónde dejo la peseta?

CRISANTO.—Déjala al borde de la registradora, según miramos pa la puerta, a mano izquierda.

NIÑA.—Aquí la tiene usté.

CRISANTO.—¡Adiós, rica! ¡Qué niña más inteligente!... (*Mirando con atención.*) Es decir, inteligente... ¡Qué niña más ladrona!... ¡Recontra!... Pues naa, que en vez de la peseta, m'ha

dejao un cupro... ¡Pero con un agujero en medio come un pozo!... ¡Maldita sea!... ¡Claro, que no pue ser!... ¡Que con el miedo no está uno en lo que hace!... (*Timbre.*) ¡Caray! ¡Otro parroquiano! ¿Qui... qui... qui... quién?

ESCENA II

CRISANTO y GLORIA.

(*Cuando va a entrar la cabeza por el ventanillo sale Gloria puerta foro y le tapa los ojos.*)

GLORIA.—¿Quién?...

CRISANTO.—(*Aterrado, da un grito.*) ¡¡Ah!!...

GLORIA.—¡Pero te has asustao?

CRISANTO.—¡No, un poco!... Mira el reló. (*Se lo enseña.*)

GLORIA.—¡El cristal roto!

CRISANTO.—¡De la sacudida cardíaca!

GLORIA.—¡Pero, por Dios, no tengas ese miedo!

CRISANTO.—¡No dispongo de otro!... ¡Desde que me amenazó tu novio, que no vivo!

GLORIA.—¡No hagas caso de amenazas!... ¡No me ves a mí afrontando tranquila el peligro?... Yo serena, pues tú sereno.

CRISANTO.—Pero es que yo no sirvo pa sereno, la verdá.

GLORIA.—¡Pero tú no me dijiste que me querías, Crisanto?

CRISANTO.—Sí; pero, vamos..., así como pa perder la existencia, no me decido.

GLORIA.—No seas cobarde... Recuerda que espontáneamente me brindaste tu cariña.

CRISANTO.—¡Yo?...

GLORIA.—Sí, me lo brindaste; por consecuencia, no puedes quedar mal.

CRISANTO.—Es que hay muchos que brindan y quedan pésimamente; que se está viendo toos los días.

GLORIA.—Pero es que a una mujer de mi temple no le van esas flaquezas.

CRISANTO.—Mujer, considera...

GLORIA.—No considero nada. Tú me has hecho concebir la ilusión de un cariño... ¡Nos sorprendió mi novio!... ¡Se fué maldiciéndome!... Piensa que si tú me abandonas ahora mi vida se queda rota, deshecha... ¡Y eso no, no es posible!... Conque resuélvete: o dentro, o fuera.

CRISANTO.—Fuera, fuera..., que yo tenga espacio.

GLORIA.—No, Crisanto, nada de cobardías. Yo soy una mujer que no retrocede ni se deja quitar la felicidad. Nuestra felicidad hoy no puede ser más que nuestro cariño. Pues si ese hombre nos la quiere quitar, porque..., porque...

CRISANTO.—¿Porque qué?

GLORIA.—¿Por qué no le matas?

CRISANTO.—¡Mi agüela!

GLORIA.—¿Por qué no le matas?

CRISANTO.—Porque no se va a dejar.

GLORIA.—Coge una pistola, vete a él y que quede en el mundo uno de los dos.

CRISANTO.—Yo.

GLORIA.—Eso es cosa tuya.

CRISANTO.—Por eso digo que yo.

GLORIA.—Pues escucha, Crisanto: tú verás lo que haces, porque si ese miserable después de abandonarme me priva de tu amor, si no lo matas tú...

CRISANTO.—(*Asustado.*) ¿Qué?

GLORIA.—Si no lo matas tú... ¡lo mato yo!

CRISANTO.—No, por Dios, Gloria; eso tampoco.

GLORIA.—¡Sí, sí!... Porque yo soy capaz de matarle a él..., matarte a ti y ¡matarme después!

CRISANTO.—(*Con terror.*) ¡No, Gloria; reflexiona que lo que proyectas son cuatro mil pesetas de lutos!

GLORIA.—Yo no reflexiono nada. ¡Mi corazón no es un juguete!... ¡De modo que o le matas tú o le mato yo; te mato a ti, me mato después y moriremos los cuatro!

CRISANTO.—Oye, que te has equivocao en un cadáver.

GLORIA.—Me habré equivocao en lo que quieras, pero a mí no se me pone nada por delante. ¿Me ves impávida, me ves tranquila, me ves serena?... Pues si me quitan tu cariño, morimos todos, pero todos... ¡Todos!... ¡Absolutamente todos! (*Vase por la izquierda.*)

CRISANTO.—¡Rediez!... Pues he hecho una adquisición con esta loca, qué es la Villalta del amor: ¡mata too lo que le echen! Porque, vamos, yo *flirteeté* con esta chica porque no creí que me resultaría esto. Uno no está hecho a estas grandes pasiones. Lo mío es un jugueteo de mostrador; que dos pellizcos hoy, que cuatro besos hoy, que dos pechugones hoy... Vamos, todo del día, porque en un comercio tie que ser todo fresco, ¡si no se enrancia!... Pero nada de homicidios, ni de... (*Mirando segunda izquierda.*) ¡Atiza! ¡Don José! ¡¡Otra víctima!!... ¡Y cómo viene el pobre!... ¡Lívido, patético, escuálido!...

ESCENA III

CRISANTO y DON JOSE (segunda izquierda.)

(*Sale vestido como en el acto primero, y demacrado, ojeroso, triste.*)

DON JOSE.—¡Crisantito!

CRISANTO.—¡Don José!

DON JOSE.—¡Qué tal, hijito?

CRISANTO.—Pues tal cual... Más bien mal. ¡Pa qué voy a andar con arrodeos!

DON JOSE.—¡Pero qué te sucede?... Pareces así como nervioso...

CRISANTO.—No es pa menos... Porque entre las amenazas que me propinó su sobrino de usté, los arrebatos de esta jovencita, que me se ha vuelto de un dramático greto-garboso, y verle a usté como le veo de abatido, amarillento y desmadejao, estoy que echo cada suspiro que me se vuela la corbata.

DON JOSE.—Pues cálmate, Crisantito, que en este mundo nada vale la pena de nuestra inquietud.

CRISANTO.—¡Pues usté no pue hablar, don José! Porque le veo otra vez de negro, mustio, ojeroso y taciturno.

DON JOSE.—¡Y con el corazón muerto para siempre!... ¡Ah, desde que probé el veneno embriagador de sus besos, que no vivo!

CRISANTO.—¡Ay, don José! ¡Que le oservo a usté un fraseo de tango argentino que me alarma!

DON JOSE.—Déjalo, ya se me pasará. No te preocupes por mí y vamos a lo que vengo.

CRISANTO.—Usté dirá.

DON JOSE.—Que voy a comunicarte una noticia que te interesa mucho.

CRISANTO.—¿A mí?... ¿Cuála?...

DON JOSE.—(*Con voz emocionada y temblorosa y bajando la cabeza.*) Que me retiro del comercio...

CRISANTO.—¡Don José! ¡Pero qué dice usted?...

DON JOSE.—Sí. Tengo lo que me es preciso y no quiero luchar más. De modo que mañana cierras y pones en la puerta un papel que diga: "Cerrado por..., por..."

CRISANTO.—¿Cerrado por traspaso?

DON JOSE.—No: ya lo redactaremos. Quizá tengas que poner cerrado por... (*A punto de llorar*), cerrado por... (*Con voz desfallecida.*) ¿Hay papel de luto?

CRISANTO.—¡No, don José, no; eso sí que no!... ¡¡Papel de luto no!!... ¡Ay, no, que me se erizan los pelos!... ¿Qué intenta uste?

DON JOSE.—Déjame, ¡qué más da!... La vida es un carga pesada.

CRISANTO.—Sí será una carga; pero yo lo que veo es que a todo el que le van a descargar sale corriendo. ¡No, don José, no! ¡Usté tie que vivir!... ¡¡Tie que vivir!!

DON JOSE.—¡No, no quiero vivir! ¡Ni quiero ni puedo, Crisanto!

CRISANTO.—Don José, toma usté las cosas de una forma que yo...

DON JOSE.—Claro, que tú no comprendes...

CRISANTO.—Yo lo que no comprendo es que se mate nadie por una mujer, ¡qué canastas!

DON JOSE.—¡Porque no sabes cómo la quiero!

CRISANTO.—¡Pero es tanto?

DON JOSE.—Cuando la creí fácil, la adoraba; cuando supe que su honra ponía una barrera entre los dos, ya no la adoro..., ¡la idolatro!... ¡¡Ah, ella casada!!... ¡Ella imposible para mí!...

CRISANTO.—¡Y dale!... Oiga usté, don José, que creo que está usté exagerando; que una casada no es imposible. Accidentada o peligrosa, sí; pero imposible... Pregunte usté por ahí.

DON JOSE.—Sí, pero rastrerías no caben en mí. Yo la mujer que adoro no la comparto.

CRISANTO.—¡Hombre, si se pone usté en exclusivista!...

DON JOSE.—¡Ah, sí! Con ella entraron aquí el sol, el amor y la alegría!... ¡Recluirme otra vez a servir el chocolate al coadjutor de las Oblatas, no!... ¡Otra vez tu madre y don Orencio, no!

CRISANTO.—¡Ve usté? ¡Ahí coincidimos! ¡Lobreguez y mochuelería, de ninguna manera!

DON JOSE.—¡Cómo resolver este conflicto?... Ya lo sé. Con mi sacrificio. De modo que ven conmigo.

CRISANTO.—¿Donde?

DON JOSE.—A mi cuarto. Te daré unas instrucciones, y mañana me doy de baja en la industria... ¡y quizá en la vida!

CRISANTO.—(*Llorando.*) ¡No, en la vida, no, don José!

DON JOSE.—¡En la vida, sí! ¡Silencio! (*Le tapa la boca.*)

CRISANTO.—(*Con la boca tapada.*) ¡En la vida, no!... ¡Por Dios, don José, en la vida, no!

DON JOSE.—¡En la vida, sí! ¡Chitsss! (*Hacen mutis cómico, abrazados, llorando y repitiéndose estas frases.*)

ESCENA IV

PAQUITO, PEPA LA CACHAZA, un NIÑO como de unos nueve años y una NIÑA de diez. Entran puerta foro. Después, GLORIA (primera izquierda).

PAQUITO.—Entren, entren de puntillas.

PEPA.—Pasar, críos, y respirarme con sordina; no sus digo más.

PAQUITO.—Y aquí se va usté a enterar de las fechorías de ese canalla de Crisanto, que trataba de engañar villanamente a una señorita.

PEPA.—¡El muy ladrón!... ¡Si caa semana m'hace una de éstas!

PAQUITO.—Aguarde, que voy a avisar a la interesada. (*Se acerca primera izquierda.*) ¡Gloria, Gloria!...

GLORIA.—(*Saliendo.*) ¿Tú?

PAQUITO.—Yo, que como te ofrecí, traigo conmigo a la víctima de ese granuja y a su prole.

GLORIA.—Tanto gusto. (*Se saludan.*) ¡Pero son hijos de Crisanto?

PEPA.—Sí señora, señorita; de ese granuja.

GLORIA.—Ya le habrá usté dicho, Paquito...

PAQUITO.—Que queremos que le sorprenda in fraganti para que se convenza de lo miserable que es.

PEPA.—¡Pero si me lo sé de memoria! ¡No ve usté que a ese granuja se pue decir que le han salido los dientes a mi lao?... ¡Que le han salido de la boca, claro!... ¡Porque le he tenido que dar una de puñetazos!...

GLORIA.—¡Por Dios, cálmese usted!

PEPA.—¡Cómo cálmese usté?... ¡Pero si una servidora no se altera por naa! Me llaman Pepa la Cachaza de tranquila que soy. No le digo a usté más.

PAQUITO.—Nosotros lo que queremos es que usté se convenza de su traición y se lo lleve de aquí.

PEPA.—¡Si no deseo otra cosa!... ¡No ve usté que es una golosina de mostrador?... ¡Ahora que de esta hecha le juro a ustés que lo retiro del comercio pa seculorum!

GLORIA.—¿Y si no quisiera irse?

PEPA.—¡Ah, si prefiere en vez de venirse a mi domicilio, Bastero, diez y siete, ir al Equipo Quirúrgico del Centro, yo no le quito a nadie su orientación!

GLORIA.—¡Bien, pero no es para tanto!

PEPA.—No sé pa lo que será, pero yo las gasto así. ¿Conocen ustés a ese cojo que vende prensa orilla del Café de Levante? Una víctima mía. Tuvimos unas tonterías, me quiso tomar el pelo, y un tiro.

PAQUITO.—¡Caracoles!

PEPA.—¿Conocen ustés a ese manço que abre los coches en el Calderón?... Una víctima mía.

GLORIA.—¿Otro tiro?

PEPA.—Un estacazo. Me gusta variar.

PAQUITO.—Bueno; pero yo le ruego a usté que en esta casa escándalos, no.

PEPA.—¿Cómo escándalos?... ¡Pero si a mí no se me oye! Vengo con la razón; me se humillan, y una cordera; me se rebelan, y han perdido un remo.

GLORIA.—Pues es una señora para unas regatas.

PEPA.—Ya lo verán ustedes. En mis broncas no suena una palabra; too lo más que se oye es al interlocutor lanzar un ¡ay! apagao, se tambalea, y lo demás es cosa de la Cruz Roja.

PAQUITO.—¡Por Dios, señora!

PEPA.—No se asusten. ¡Ya me verán ustés actuar!

GLORIA.—Lo que yo no sabía es que habían ustedes tenido fruto.

PEPA.—Una banasta. ¡Dos cocos! Ya ve usté. Y encima el ladrón me quie dejar con dos y con lo que venga.

PAQUITO.—¡Ah, pero va a venir algo más?

PEPA.—¡Por lo menos ha telefoneao!

PAQUITO.—Bueno, pero lo asombroso es que un hombre que casi no sale de esta tienda..., ¿cómo ha tenido tiempo...?

PEPA.—Pa esto siempre se hace un ratito. Además, le decía a su principal que quería aprender teneduría y françés, y le daba dos horas pa la clase.

GLORIA.—Y claro, en los ratos de clase...

PEPA.—Pues en los ratos de clase... (*Señalando al niño*), aquí tie usté al francés.

NIÑO.—¡Oui, mesiers!

PEPA.—(*Por la niña.*) Y aquí la teneduría...

NIÑA.—Por partida doble.

PAQUITO.—¿Sabes regla de tres?

NIÑA.—De dos naa más. ¡Como somos tan pequeños!...

GLORIA.—¡Chitsss!... ¡Callarse, por Dios, que alguien viene!...

PAQUITO.—¡Sí, es él, él!... ¡Crisanto!

PEPA.—¿Y qué hacemos?

GLORIA.—Pues ocúltense ustedes aquí (*Señala primera izquierda*), y en cuanto yo pueda le hablaré, pondré de relieve su infamia, y usté sale..., ¡y actúa!...

PAQUITO.—Pero sin la Cruz Roja.

PEPA.—¡Ustés quien una cosa de árnica naa más!

PAQUITO.—¡Por ahí, por ahí!

PEPA.—Entendido. ¡Adentro, prole! ¡Verá usté chichones!

GLORIA.—¡Se la vamos a jugar buena! (*Vanse primera izquierda.*)

ESCENA V

CRISANTO. (Sale desesperado y lloroso.)

CRISANTO.—Bueno, don José sigue emperrao en matarse. (*Llorando.*) Me ha dicho que me tiña de negro el blusón y me ha dao un abrazo, porque se iba al Registro de últimas voluntades. Y yo estoy con una angustia como pa morirme, porque... ¡porque si don José se mata, yo también me quito de en medio!... Ahora que yo me quito en el buen sentido. ¡Es decir, echando a correr! Ahora que antes quiero prevenir a doña Maravillas, que es la causanta de todo, pa que tome sus medidas. La avisaré por el acústico. Si está arriba, que baje, y si está abajo, que arribe, digo que suba... ¡que no sé ni lo que me digo! Voy a soplarla, pa que venga volando. (*Coge el acústico, sopla y espera.*) No tengo ni fuerzas pa soplar. No ha oído... Y es que me ha salido un silbido muy desmayao. ¡Animo! (*Sopla con más fuerza.*) Ya me ha oído. (*Hablando.*) ¿Quién?... Sí, señora, por usté he pitao. (*Pausa.*) Sí, señora, pa que baje usté en seguida, que es que tengo que hablarla... ¡Urgentísimo!... Grave, no, pero vamos... ¿Tienen ustedes algo de luto?... ¡No, no es por alarmarla, pero corra! (*Deja el acústico.*) ¡Se va a llevar un disgusto de muerte, pero yo no consiento que se mate *impuznemente* un hombre bueno como el pan. ¡Porque, vamos, si a uno le pasara algo sería más comprensible!... ¡Al fin, hace años que le estoy tomando el pelo a una desgraciada..., que me da cada paliza que me monda! ¡Y tengo dos hijos con ella..., con ella y con su padre, porque como yo no los puedo mantener!... Pues, naturalmente, tengo ciertos remordimientos, y hasta a veces parece que oigo una voz interior que me dice...

NIÑO.—(*Se asoma por la primera izquierda y dice con voz muy queda.*) Papá...

CRISANTO.—(*Aterrado.*) ¡Rediez!... ¡Juraría que he oído una voz..., pero no ha sido del interior!

NIÑO.—¡Papá!

CRISANTO.—¡Recontra!... ¡Otra vez!... ¿Quién?... (*Pausa.*) ¡Pero no es posible! ¡Tie que ser un fenómeno auditivo, producido por el estao nervioso!

ESCENA VI

DICHOS y MARAVILLAS. (Segunda izquierda.)

MARAVILLAS.—(*Impaciente.*) ¡Crisanto!... ¡Crisantito!...

CRISANTO.—¡Doña Maravillas!

MARAVILLAS.—Cuando me has soplado estaba desnuda.

CRISANTO.—¿Y la he acatarrao?

MARAVILLAS.—No, pero vamos, no he podido apresurarme... ¿Qué pasa para esta urgencia?

CRISANTO.—Pues nada, doña Maravillas; que yo lo siento mucho, pero tengo que darle a usté una noticia cruenta.

MARAVILLAS.—¿Cruenta? ¡Ay, me asustas! ¿Qué sucede?

CRISANTO.—Póngase usté cerca de una silla. (*La coloca.*)

MARAVILLAS.—¡Pero es que? (*Asustada.*)

CRISANTO.—Pues nada, que..., que don José...

MARAVILLAS.—¿Qué? (*Impaciente.*)

CRISANTO.—¡Que don José se quiere suicidar!

MARAVILLAS.—(*Aterrada, cae en la silla.*) ¡¡Cómo?

CRISANTO.—(¡Mia si no se la pongo!) ¡Que se quiere matar hoy mismo!

MARAVILLA.—¿Qué?

CRISANTO.—¡Lo que usté oye!

MARAVILLAS.—¿Cómo?

CRISANTO.—Bueno, lo que usté se conoce que no oye, pero, vamos, que se mata.

MARAVILLAS.—¡Pero por qué?

CRISANTO.—Porque es usté casada.

MARAVILLAS.—¿Y qué culpa tiene él?

CRISANTO.—Eso le he dicho yo. Pero dice que una mujer casada es un imposible.

MARAVILLAS.—¡Y quién le ha dicho esa tontería?...

CRISANTO.—Algún guasón... Y como él es un hombre de lo más inocente y pudibundo, claro, el pobre...

MARAVILLAS.—¡Ay, pues hay que evitarlo! ¿Está en casa?

CRISANTO.—No lo sé seguro, porque se iba a marchar a tomarse medida de un féretro.

MARAVILLAS.—¡Jesús!

CRISANTO.—Usté tie la culpa, por haberle dicho que era casada.

MARAVILLAS.—¡Pero yo no me figuraba esa vehemencia en un comerciante!...

CRISANTO.—¡Es que don José es una mezcla de Rubén Darío y de Matías López que asusta!

MARAVILLAS.—¡Dios mío!

CRISANTO.—¡Y además, está loco por usté!

MARAVILLAS.—¡Pero si luego se pone a mi lado y no se atreve a nada!

CRISANTO.—¡Pero usté le da pie?

MARAVILLAS.—¡Dice que pie, y no me siento ni una vez a su lado que no me siente así!... (*Se sienta enseñando la pierna.*)

CRISANTO.—Oiga, oiga...

MARAVILLAS.—¿No es esto dar pie?

CRISANTO.—No, señora, eso es quitar la cabeza.

MARAVILLAS.—¡Además, le he concedido algún beso que otro, y casi todos han sido de cine!

CRISANTO.—Ya lo vi el otro día, que me dió tiempo a ir al estanco, volví, encendí el puro, y si no pongo en la gramola el tango ese de "No te ciegues, compadrito", no vuelven ustés a la realidad.

MARAVILLAS.—Entonces, ¿qué más puede hacer una?

CRISANTO.—¡Naturalmente, pero es que está ciego! Porque como usté está tan llena de atraztivos, claro, el pobre, al ver que se le van de la mano todos esos encantos...

MARAVILLAS.—¡Pero si no se le van!... ¡Que insista y verá!...

CRISANTO.—¡Pues entonces corra usté en su busca!

MARAVILLAS.—¡Y dónde crees que estará?

CRISANTO.—Puede que en el Registro de últimas voluntades.

MARAVILLAS.—¡Y cuál crees tú que será la última?

CRISANTO.—¡Si sigue pensando lo de antes, comérsela a usté!...

MARAVILLAS.—¡Pues como le encuentre, le convido a un vermú, pa que se anime!

ESCENA VII

CRISANTO y GLORIA. Al paño, PEPA.

(*Toda la escena en tono emocionado y vehemente.*)

GLORIA.—¡Crisanto!...

CRISANTO.—¡Gloria!... (*Aparte.*) (¡Atiza! ¡La vampiresa!)

GLORIA.—¡Dónde va mi tía tan presurosa?

CRISANTO.—¡A un recao; Dios quiera que llegue a tiempo!

GLORIA.—(*Cogiéndole una mano.*) ¡Y tú, qué, Crisantito, qué?

CRISANTO.—(*La atrae hacia sí.*) ¡Queriéndote más cada día, cada hora, cada minuto!...

GLORIA.—¡Has pensao lo que te dije antes?

CRISANTO.—¡Sí, lo he pensao todo, Gloria mía!... ¡Y yo tampoco quiero perder tu amor!... ¡Tampoco! ¡Tampoco!...

GLORIA.—¡Hale, así te quiero, Crisanto, así!

CRISANTO.—(¡Yo la sigo la corriente, y de paso me aprovecho!) ¡Oh, me tienes loco, Gloria mía! (*La abraza.*)

GLORIA.—¡Loco?

CRISANTO.—Bueno..., ¡tonto! ¡Pero adorándote hasta la muerte!

PEPA.—(*Que se asoma por la cortina cautelosamente.*) ¡Qué ladrón!

CRISANTO.—¿Qué has dicho?

GLORIA.—No, nada... ¡Que así me gustas, apasionao y vehemente!

CRISANTO.—¡Pues así me tienes! (*Vuelve a abrazarla.*) ¡Así me tendrás!

PEPA.—¡Pero cómo aprieta!

CRISANTO.—¿Qué?

GLORIA.—¡Que cómo aprietas!... ¡Por Dios!... ¡Suelta!

CRISANTO.—¿No me querías apasionao y vehemente?... ¡Pues así me tienes!... ¡Y óyelo bien: si hace falta matar a ese canalla que quiere robarme tu amor, le mataré!

GLORIA.—¡Le matarás?

CRISANTO.—¡Le mataré!... ¡No digo que sea esta semana ni la que viene, pero le mato, sí, le mato!... (*Otro abrazo.*)

GLORIA.—¿Y tendrás valor?

CRISANTO.—¡En cuanto le vea le salto el cráneo!

GLORIA.—¿Tienes pistola?

CRISANTO.—¡Y menuda! (*Le enseña una.*)

GLORIA.—¡Qué enormidad!

CRISANTO.—¡Especialidad para atracos!... ¡Y que tenga cuidao, porque en cuanto se arrime, muere!... Porque de tus brazos no me arrancará nadie, nadie...

PEPA.—¿Nadie?

CRISANTO.—¡Pero es que lo dudas?... ¡Nadie! (*Abrazándola repetidamente.*)

GLORIA.—¡Ah, Crisanto!...

CRISANTO.—¡Nadie!..., ¡nadie!..., ¡nadie!...

NIÑA.—(*Que ha salido puerta primera izquierda. Se acerca sin ser notada.*) ¡Que te ciegas, papá!

CRISANTO.—(*Aterrado al oír a la Niña.*) (¡Mi madre!... ¡Santiaguita!)

NIÑA.—Pa servirte, papá.

GLORIA.—¿Cómo papá?... ¿Qué es eso de papá?... ¡Pero qué dice esta niña?

CRISANTO.—No sé.

NIÑA.—¡Digo que te ciegas, papá!

CRISANTO.—Ya lo he oído. Le contesto a esta señora.

GLORIA.—¡Pero no la conoces?

CRISANTO.—Así, a simple vista... No caigo...

NIÑO.—(*Saliendo.*) Pero si es Santiaguita, papá; ¿no la conoces?

CRISANTO.—¡Romualdito!... ¡Mi madre!

NIÑO.—¡Tu hijo!... ¡Que te haces un lío, papá!

GLORIA.—¡Pero de dónde han salido estos niños?

CRISANTO.—¡Qué sé yo!... ¡Como no sea del Instituto de Puericultura!... Porque yo, conocerlos, no los conozco.

NIÑO.—¡Ay, mamá, que papá ha perdido el conocimiento!

GLORIA.—¡Pero por qué te llaman papá estas criaturas?

CRISANTO.—¡Yo qué sé!... Debe ser alguna broma que me está gastando alguna parroquiana.

ESCENA VIII

DICHOS y PEPA, del foro.

PEPA.—¡Una broma?... ¡Broma la que me has gastao tú a mí!... ¡So ladrón!

CRISANTO.—¡La Pepa!... ¡Abrete, tierra!

GLORIA.—¡Pero esta señora quién es?...

PEPA.—¡Anda, rico, dila quién soy!

CRISANTO.—Pues es, yo la..., no... Vamos, así a simple vista, no...

PEPA.—No tartamudees, que yo se lo diré... ¡Soy la mamá de estas miniaturas!...

GLORIA.—¡Pero contigo qué tiene que ver?

CRISANTO.—Pues tiene..., lo que, vamos, eso..., de que cuando...

PEPA.—¡Qué emocionao estás, chacho!

GLORIA.—¡Que te está llamando chacho!

CRISANTO.—¡Y yo qué culpa tengo!

PEPA.—¡Toma!... ¡Y lo que le llamaré!...

GLORIA.—¡Pero este hombre qué es de usté, señora?

PEPA.—¡Mi castigador! ¡Pero de esta hecha se van a volver las tornas, porque le voy a pegar una paliza que pasa a Inválidos!... ¡Por éstas!

GLORIA.—¡Entonces, tú eres el hijo de ese señor?

NIÑO.—Oui, *madmuasel.*

GLORIA.—¿Es de Burdeos?

PEPA.—No, señora; de Valdepeñas, pero ilustradito.

GLORIA.—¡Ah, miserable!... ¡Ah, canalla! ¡Y eras tú el que me querías?... ¡Ladrón!... ¡Ah, no quiero verlo más! ¡Lléveselo usté lejos, lejos de aquí!

PEPA.—A la cae el Bastero, donde tie uste su casa.

GLORIA.—¡Tan cerca!...

PEPA.—¡No querrá usté que me lo lleve a la Costa Azul después de lo que me ha hecho!...

GLORIA.—¡Oh, bandido!... Hacerme creer que eras libre, ¡que me adorabas!..., y ahora...

CRISANTO.—Perdona, Gloria; que es que uno, a veces, está ciego.

PEPA.—¡Ciego, con dos lazarillos?

GLORIA.—¡Nos ha engañado a las dos!... ¡¡A las dos!!

PEPA.—¡Y nos hubiera engañao a las tres u a las tres y cuarto, porque éste es así!

GLORIA.—Pues ya que las dos hemos sido víctimas de su infamia, ¿vamos a darle una paliza conjunta?

PEPA.—¿Con qué?

GLORIA.—¡A medias!

PEPA.—¡Es una idea!...

CRISANTO.—No, no; pa eso no escotar, ¡caray!

PEPA.—¡Ven aquí, ladrón, sinvergüenza! ¡Engañar a esta señorita! (*Le pega.*)

GLORIA.—(*Pegándole también.*) ¡Engañar a esta pobre mujer!... ¡Granuja!... ¡Libertino!...

CRISANTO.—¡No, por Dios, que me están pegando al alimón!... ¡Socorro!... ¡Auxilio!...

PEPA.—¡Infame!... ¡Bandolero!...

GLORIA.—¡Reptil!... ¡Miserable! (*Sin cesar de golpearle.*)

ESCENA IX

DICHOS y PAQUITO.

PAQUITO.—(*Sale primera izquierda.*) ¿Se me permiten los últimos golpes?

CRISANTO.—¡¡Paquito!!... ¡Dios mío!

PAQUITO.—¡Ven aquí, traidor!... ¡No debía degollarte ahora?...

CRISANTO.—¡No!... ¡No!

ELLAS.—¡Sí! ¡Sí!

PAQUITO.—¡Ya oyes que sí!

CRISANTO.—¡No hagas caso del voto de las mujeres, que está muy desacreditao!

PAQUITO.—¡Quita de ahí, granuja, miserable! ¡Eres un bandido!

CRISANTO.—¡No, Paquito, yo soy un desgraciao!

PAQUITO.—¡Un sinvergüenza!

CRISANTO.—¡Bueno, un sinvergüenza desgraciao, que no es incompatible! ¡Víctima de la ambición y la hipocretez de mi madre y don Orencio!... ¡Pero yo me iré de aquí para no volver más!... ¡¡Os lo juro!! (*Se oyen voces angustiosas de Maravillas.*)

PAQUITO.—¡Bueno, calla!... ¡Qué voces son esas?...

GLORIA.—¡Mi tía, qué ocurrirá?...

PAQUITO.—Pasad aquí..., hasta que sepamos qué es esto... ¡Pronto, aquí¡... (*Los meten primera izquierda.*)

ESCENA X

DICHOS y DOÑA MARAVILLAS.

MARAVILLAS.—(*Aterrada, segunda izquierda.*) ¡Paco, Paquito! ¡Ay, Paquito de mi vida!

PAQUITO.—¡Qué pasa?

MARAVILLAS.—¡Ay, que tu tío me tiene aterrada!... ¡Que va a hacer una barbaridad!

GLORIA.—¡Cómo una barbaridad?

PAQUITO.—¡Pero por qué?

MARAVILLAS.—¡Pues que como tú le dijiste, para interesarlo más, que yo era casada, y es un hombre tan puritano, pues antes de empujarme al adulterio ha resuelto suicidarse!

PAQUITO.—¡Qué espanto!... ¡Pero es posible?

MARAVILLAS.—Lo que oyes.

GLORIA.—¡Pero no será capaz de ponerlo en práctica!

MARAVILLAS.—¡Sí, sí, que se ha provisto de una pistola y se ha encerrado en su cuarto, de donde bajo desolada, porque he llamado y no quiere abrirme!

PAQUITO.—¡Demonio!

MARAVILLAS.—Entonces apliqué el oído a la cerradura y sólo oí suspiros profundos, lamentos apagaos..., y que decía con voz entrecortada: "Muy señor mío: no se culpe a nadie de...", no sé qué...

PAQUITO.—¡Porra!...

MARAVILLAS.—Y seguía... "Adiós, vida..., adiós para siempre, que sigas buena para siempre..." Y yo llamaba, llamaba..., y sólo me ha respondido con una voz quejumbrosa y doliente: "¡¡Hasta la eternidad, Maravillas mía!!..."

GLORIA.—¡Jesús, qué espanto!

PAQUITO.—¡Pues sí, sí!... ¡Corramos, subamos, evitemos una locura, antes que sea tarde! (*Se disponen a salir segunda izquierda, y en este momento suena un tiro.*)

LOS TRES.—(*Aterrados.*) ¡¡Ah!!...

MARAVILLAS.—¡Ya es tarde!

PAQUITO.—¡Se ha matao!

GLORIA.—¡¡En paz descanse!!

MARAVILLAS.—¡Otra vez viuda!... ¡¡Y ésta sin motivo!!

PAQUITO.—¡Ay, mi tío!... ¡Mi pobre tío!... ¡Tío! ¡Tío!

ESCENA XI

DICHOS y DON JOSE, segunda izquierda.

(*Don José aparece tembloroso, balbuciente, con una pistola en la mano, con la cabeza clavada en el pecho.*)

DON JOSE.—¡Aquí estoy!

PAQUITO.—¡¡Tío!!

DON JOSE.—¡Muerto!

LOS TRES.—¡¡El!!

DON JOSE.—¡Muerto!... ¡¡Estoy muerto!!

MARAVILLAS.—¿Te has dao?

DON JOSE.—¡Sí!

PAQUITO.—¿Dónde?

DON JOSE.—¡En el gabinete!... ¡Estoy muerto!...

GLORIA.—¡Pero...?...

DON JOSE.—¡Muerto de vergüenza! (*Cae en el sillón que le han traído.*) ¡Me ha faltao valor para matarme!

MARAVILLAS.—¡Bendito sea Dios!

DON JOSE.—(*Suplicante.*) ¡Pegarme un tiro, hacedme ese favor!

MARAVILLAS.—¡Sí, en seguida!

DON JOSE.—Es que le he escrito al juez, y voy a quedar en ridículo. Comprenderlo.

PAQUITO.—¿Entonces, ese tiro?...

DON JOSE.—Nada, que yo creía que eso de suicidarse era coser y cantar, y cojo la pistola, y saco el cargador, y un cuarto de hora para meterlo; y lo meto, y diez minutos para correr el cierre; y lo corro, y quiero disparar al aire a ver si funcionaba, y se me encasquilla; y veinte minutos para desencasquillar; y cuando todo estaba corriente, empiezo a buscarme el sitio donde la bala, en el caso de salir, me hiciera menos daño..., y no lo encuentro, y, ¡al fin!..., me apunto a la sien, y veo que me falta valor; y me acuerdo, además, que suicidarse es un pecao mortal, que os iba a dar un susto, que iba a molestar al juez..., ¡y que no tenía gana de morirme!... ¡Qué sé yo!... ¡La mar de cosas!... Total: que, nervioso y aterrado, sin saber lo que hacía, disparé al aire, para que no me diera la tentación, y aquí me tenéis, en el más espantoso de los ridículos... ¡A ver, matarme, hacerme ese favor!... ¡A ver, uno que me mate!

PAQUITO.—Venga la pistola.

DON JOSE.—¡No, que tú me podías dar!...

MARAVILLAS.—¡Dámela a mí!

DON JOSE.—¡Matarme, que va a venir el juez a levantar el cadáver..., y qué digo yo?

MARAVILLAS.—Pues que te has levantado solo, que estás en mis brazos muerto..., pero muerto de amor, y que el mes que viene nos tomamos los dichos.

DON JOSE.—¿Qué has dicho de dichos?... ¡Pero no eres casada?...

MARAVILLAS.—¡Qué voy a ser, hombre! Exageraciones de éste, que es un extremista.

DON JOSE.—¡Pero es de veras?

GLORIA.—(*Riendo.*) ¡Pues claro!... ¡Ahí la tiene usté, viudita y sola en el mundo!

DON JOSE.—(*A Paquito, furioso.*) Entonces, ¿por qué me has engañado, so canalla?

PAQUITO.—Porque todo esto me ha parecido necesario para echar de esta casa a los que le han hecho a usté creer que vivir es un pecao, y amar un peligro, y reírse un delito.

GLORIA.—¡Y a los que sólo querían robarle a usté su fortuna, que debe ser para usté, y sólo para usté!

DON JOSE.—Bueno; pero esos bandidos eran sólo doña Tránsito y don Orencio, porque el pobre Crisantito...

PAQUITO.—Pues el pobre Crisantito aquí lo tiene usté al infeliz... Sal, rico, sal.

DON JOSE.—¡Mi madre!

PAQUITO.—Crisantito y familia. (*Presentándolos.*)

DON JOSE.—¡Pero qué caravana es ésta?

CRISANTO.—¡Pues que por no pasar solo el desierto de la vida..., me agarré a esta proletaria!... ¡Y las naturales consecuencias!...

DON JOSE.—¡¡Dos!!

PEPA.—¡Y lo que venga!...

DON JOSE.—¡Ah, hipócrita!

CRISANTO.—¡Perdón, don José!

DON JOSE.—¡Pero, en fin, en el pecado llevas la penitencia..., y gorda!

CRISANTO.—¡No lo sabe usté bien!

PEPA.—Total, que aquí ha liquidao. ¡Lo retiro del comercio!... ¡Y ya se ha acabao aquello de... "espera a ver si tenemos la suerte de que la hinque don José..."

DON JOSE.—¡Canastos!

PEPA.—¡Aguarda a ver si tenemos la fortuna de que reviente, ahora que hay gripe!

DON JOSE.—¡Porra!

PEPA.—Pero es lo que yo le decía: "que viva o que se muera, tú no vuelves allí más, que tengo yo dos manitas muy ricas pa ganarme la vida y el pan de estos dos pitusos."

DON JOSE.—Gracias, señora. ¡Un abrazo!

PEPA.—¡Y que viva muchos años este señor, y que Dios le dé salú y a mí fuerza pa fregar suelos! Y si tu madre y don Orencio quien aprovecharse del dinero de los fallecidos, que pongan una funeraria.

DON JOSE.—¡Gracias, señora! ¡Un abrazo!

MARAVILLAS.—¡Que son dos!

DON JOSE.—¡Ah, bueno! ¡Otro abrazo!...

MARAVILLAS.—¡Digo que ya le has dao dos, y son muchos!

DON JOSE.—¡No tengas celos, que a ti te guardo una gruesa!... (*A Crisanto.*) De modo, rico, que "a ver si la hinca...", "a ver si revienta..."

CRISANTO.—¡Perdón, don José!

DON JOSE.—Oye, niño.

NIÑO.—¿Qué vule vu?

DON JOSE.—Rian... ¿Pero tú sabes matemáticas?

NIÑO.—¡Mi hermanita!

DON JOSE.—¡Pues dime, monada..., ochenta bofetadas, repartidas en dos carrillos, a cuánto tocan?

NIÑA.—Tocan, tocan...

CRISANTO.—¡Tocan a correr..., y cuando tenga saçao el cociente, que me lo telefoneen a Guadalajara, pa donde salgo en moto!... ¡Muy buenas! (*Sale corriendo.*)

PEPA.—(*Siguiéndole.*) ¡Aguarda, golfo, granuja, sinvergüenza!

NIÑOS.—¡Papá, papá..., que está muy mala la carretera! (*Salen detrás.*)

ESCENA XII

MARAVILLAS, GLORIA, DON JOSE y PAQUITO. Luego el SEÑOR CIPRIANO (por el foro).

GLORIA.—Bueno, Paquito, eres genial.

PAQUITO.—¿Lo ves?... ¡Todos en la calle!

DON JOSE.—Paquito, te estoy agradecido. Siempre has sido una mala cabeza, pero...

GLORIA.—¡Pero observe usté, *tío*, que casi todas las malas cabezas están encima de un buen corazón!

DON JOSE.—Es verdad, *sobrina*, y por algo lo habrá hecho Dios, que es el que sabe colocar las cosas.

CIPRIANO.—¿Se puede?

DON JOSE.—¿Quién?

MARAVILLAS.—Tu hermano político.

CIPRIANO.—Lo de político, en el buen sentido.

DON JOSE.—¡Otro farsante!

CIPRIANO.—¡Otro!... Sirvo la fruta a..., ¡a la mar de gente! (*Telón.*)

FIN DE LA OBRA

la farsa

ESTA A LA VENTA EN LA

LIBRERIA Y EDITORIAL

MADRID

ARENAL, 9

Donde puede usted suscribirse, adquirir el número de la semana, los números atrasados que falten para completar su colección y pedir el catálogo de las obras publicadas

---

PROXIMO NUMERO:

El río dormido

de

Serrano Anguita

la farsa

DIRECTOR:
VALENTIN DE PEDRO

PUBLICACIÓN SEMANAL DE LAS OBRAS TEATRALES ESTRENADAS CON ÉXITO EN MADRID

Editorial Estampa
Pº de S. Vicente, 18

RIVADENEYRA (S. A.).—ARTES GRÁFICAS.—MADRID.